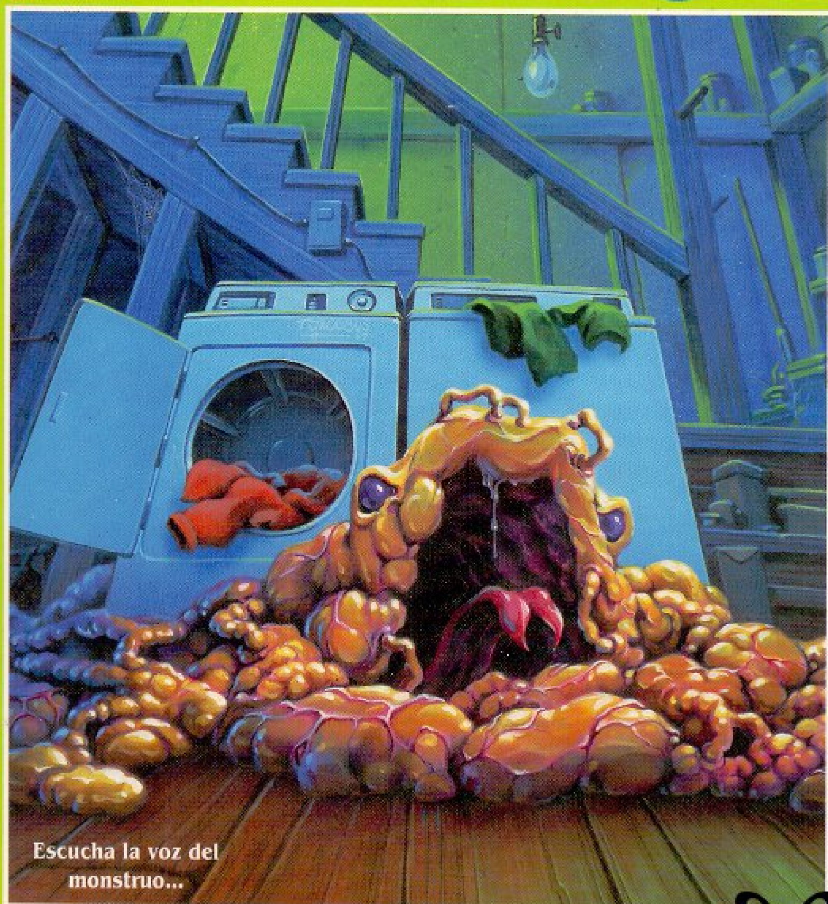
R·L·STINE

Pesadillas®

El monstruo del sótano



«¡No hagas eso! ¡Ten cuidado! ¡Te vas a hacer daño!». La madre de Marco piensa que el mundo entero es peligroso. Hasta lo más inocente esconde una amenaza.

Pero Marco sólo quiere divertirse y sale de casa a escondidas para jugar un rato. De pronto pasa algo terrible: le golpean la cabeza con un bate de béisbol.

A partir de ese momento, todo se complica hasta convertirse en una pesadilla. Marco llega a casa y recibe una llamada de lo más extraña, de alguien que por lo visto vive en el sótano…



R. L. Stine

El monstruo del sótano

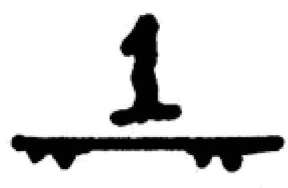
Pesadillas - 59

ePub r1.1
javinintendero 22.01.15

Título original: *Goosebumps #61: I Live In Your Basement!*
R. L. Sine, 1997
Traducción: Abel Debritto Cabezas

Editor digital: javinintendero
ePub base r1.1





—«No hagas eso. Te vas a sacar un ojo.» Mi madre siempre me dice lo mismo, haga lo que haga —le conté a mi amigo Jeremy Goodman mientras corríamos hacia el patio de la escuela.

Jeremy se rió.

—¿De verdad te dice eso, Marco?

Asentí y cruzamos Fulton Street al mismo ritmo.

—Anoche tenía muchos deberes. Tomé tres lápices nuevos y empecé a sacarles punta. Mi madre entró en la habitación y me dijo: «No hagas eso. Te vas a sacar un ojo.»

Jeremy se rió de nuevo.

—¿Y qué quiere que utilices? ¿Lápices de cera?

Yo no me reí. No me parecía divertido. Tengo doce años y mi madre me trata como si todavía fuera un bebé.

Siempre me dice que tenga cuidado con todo lo que hago.

«No subas al árbol. Te partirás el cuello.»

«No llenes tanto la bañera. Te ahogarás.»

«No comas tan rápido. Te atragantarás.»

¡Siempre tiene algo que decirme! Estoy seguro de que cualquier día me dirá: «Marco, no respires tanto. ¡Se te romperá la nariz!»

Me vuelve loco. Siempre encuentra cosas que cree que pueden hacerme daño.

«Siéntate erguido o se te torcerá la columna.»

«No pongas la cara larga. Se te congelará y se te quedará así para siempre.»

«No te hurgues la nariz. El dedo se te quedará pegado dentro y

no lo podrás sacar.»

Además, es la mayor experta del mundo en microbios. Según mi madre, cualquier cosa que toques o veas puede contagiarte.

«No acaricies al perro. Tiene microbios.»

«No comas de la chocolatina de Jeremy. Microbios.»

«No te metas las manos en los bolsillos. Microbios».

Mi madre siempre está alerta y dispuesta a intervenir para advertirme sobre algo.

Me hace la vida difícil.

No quiere que juegue al *softball* con mis amigos. Está segura de que me romperé una pierna. Eso si tengo suerte. Si no la tengo, me romperé todos y cada uno de los huesos del cuerpo.

¿Sabéis cuánto dolería romperse todos y cada uno de los huesos del cuerpo? ¡Mi madre es la única persona en el mundo que cree que eso es lo que le pasa cada día a la gente!

Esa es la razón por la que tengo que salir a hurtadillas de casa para jugar al *softball* en el patio con Jeremy y los otros compañeros de la escuela.

Era un día soleado y cálido. Los jardines de Fulton Street brillaban bajo la luz del sol. El aire era fresco y despedía un olor dulce. Me sentía muy contento mientras corría por la acera con Jeremy y pensaba en lo bien que me lo pasaría jugando con mis amigos.

Nos habían dejado salir de la escuela antes porque había una reunión de profesores. Llegué a casa y dejé la mochila.

En casa sólo estaba *Tyler*, mi perro. Es un cruce entre un cocker y otra raza que desconocemos. *Tyler* estaba alegre. Me lamió la cara.

A mamá no le gusta que *Tyler* me lama la cara. Ya sabéis por qué. Por esa terrible palabra que comienza por «m».

Mamá había salido a comprar. Supongo que había olvidado que ese día volvería antes.

¡Estaba de suerte! Me cambié de ropa. Me puse unos vaqueros rotos y una camiseta. Luego agarré el guante de béisbol y me apresuré a salir antes de que mi madre volviera.

—Marco, ¿qué te haría tu madre si te viera jugando al *softball*? —me preguntó Jeremy.

—Advertirme de lo peligroso que es —respondí—. Nunca me castiga ni nada parecido. Sólo me advierte.

—Mis padres nunca me advierten sobre nada —manifestó Jeremy.

—¡Porque eres perfecto! —bromeé.

Jeremy me golpeó en el brazo.

En realidad no se lo había dicho en broma. Siempre saca sobresalientes. Es muy buen deportista. Cuida de su hermana pequeña y casi nunca se mete en problemas.

No toca nada que tenga microbios.

Perfecto…

Pasamos por delante de la parada del autobús y cruzamos Fairchild Avenue. Vimos la escuela. Es un gran edificio de una sola planta que ocupa prácticamente una manzana entera.

Las paredes de la escuela son amarillas, tan amarillas como la yema de un huevo. Mamá dice que siempre discuten sobre el color en las reuniones de la Asociación de Padres. A nadie le gusta.

Jeremy y yo pasamos corriendo por la zona de aparcamiento de los profesores y luego nos dirigimos hacia el patio, que se encuentra detrás de la escuela. El campo de *softball* está pasados los columpios.

Ya habían llegado varios chicos. Vi a Gwynnie Evans y a Leo Murphy y los gemelos Franklin, como siempre, discutiendo a voz en grito. Son muy raros. Lo mejor es que nunca jueguen en el mismo equipo.

—¡Ya podemos empezar! —gritó Jeremy—. ¡Ya han llegado las estrellas del equipo!

Comenzó a correr más deprisa. Leo y alguno de los otros chicos nos llamaron.

Bajé el ritmo y fui caminando, respirando a duras penas. Jeremy es mucho mejor deportista que yo.

Gwynnie estaba en la base de lanzamiento, agitando dos bates y hablando con Lauren Blank. Gwynnie siempre intenta demostrar que sabe jugar mucho mejor que cualquiera de los muchachos.

Es alta y fuerte. Mide por lo menos quince centímetros más que yo y tiene la espalda mucho más ancha. Siempre se mete con los chicos y se hace la dura.

A nadie le cae bien. Pero siempre queremos que juegue en nuestro equipo porque cuando golpea la bola la envía a más de un kilómetro de distancia.

Y si alguien discute con ella, Gwynnie siempre sale ganando porque es la que grita más fuerte.

—Empecemos —dijo Jeremy.

—¿Cómo formamos los equipos? —pregunté—. ¿Quiénes son los capitanes?

—Gwynnie y Lauren —informó Leo.

Me dirigí corriendo hacia la base de lanzamiento. Gwynnie dejó caer uno de los bates y sostuvo el otro.

Supongo que no me había visto.

Mientras corría hacia donde ella estaba, agitó el bate con todas sus fuerzas.

Vi cómo se movía el bate, pero no tuve tiempo para agacharme o apartarme.

El bate produjo un fuerte sonido sordo al golpearme en la cabeza.

Al principio no sentí nada. El suelo comenzó a inclinarse, pero todavía no sentía nada.

Luego, de repente, el dolor estalló en mi cabeza.

Estalló… estalló… estalló.

Lo veía todo de un color rojo brillante.

Tan brillante que tuve que cerrar los ojos.

Empecé a chillar y a relinchar como un caballo. Nunca antes había oído un lamento tan estridente.

Entonces el suelo se alzó para engullirme.

2

Me desperté y vi el techo.

La luz azul de la lámpara, azul como el cielo, se hacía borrosa y luego aparecía de nuevo, se hacía borrosa y volvía a aparecer con claridad.

Vi el rostro de mi madre.

Parpadeé dos veces. Sabía que estaba en casa.

Mamá tenía los ojos enrojecidos y húmedos. Se había recogido el cabello muy tirante, pero varios mechones se habían soltado y le caían por delante de la frente.

Le temblaba la barbilla.

—¿Marco…?

Gemí.

Me dolía la cabeza. Me dolía todo.

«Lo he conseguido —pensé—. Me he roto todos los huesos del cuerpo.»

—¿Marco…? —susurró de nuevo mamá—. ¿Estás despierto, querido?

—¿Eh? —Volví a gemir.

Tenía algo sobre la cabeza. Algo que me hundía.

¿Era *Tyler*? ¿Por qué estaba el perro sentado sobre mi cabeza?

Me dolían los brazos y levanté lentamente las manos.

Llevaba una venda. Una venda muy gruesa.

Bajé las manos. La habitación comenzó a dar vueltas. Me agarré con fuerza a los cojines del sofá, temiendo por mi vida.

Miré hacia la luz azul de la lámpara que colgaba del techo. El

estudio. Estaba tumbado sobre el suave sofá de piel del estudio.

Volví a ver a mamá. Todavía le temblaba la barbilla. Me cubrió con una manta.

—¿Marco? ¿Estás despierto?—repitió—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien —murmuré.

Al hablar me dolía la garganta.

Mamá me clavó la mirada.

—¿Me ves? Soy yo, mamá.

—Sí, te veo —susurré.

Se secó las lágrimas con un pañuelo. Luego volvió a mirarme.

—Veo bien —le dije.

Me dio una palmadita en el pecho.

—Me alegro, querido.

Mi única respuesta fue un lamento.

«Por favor, no digas "¡Te lo advertí!" —pensé. Crucé los dedos, aunque me doliera hacerlo—. Por favor, no digas "Te lo advertí".»

La expresión de mamá cambió. Frunció el cejo.

—Te lo advertí. Te dije que no jugaras al béisbol —me reprendió.

—No estaba jugando al béisbol. —repliqué—. Era *softball*.

—Te dije que no jugaras a nada —dijo en un tono severo—. Pero no me hiciste caso. Y te has abierto la cabeza como si fuera una cáscara de huevo.

—¿Eh? —farfullé—. ¿Me la he abierto? ¿Me pondré bien, mamá?

No respondió.

—¿Me pondré bien? —pregunté de nuevo—. Dime la verdad. ¿Qué te ha dicho el médico, mamá? ¿Me pondré bien?

3

—Por supuesto que sí —respondió. Vi su cara durante unos instantes y luego desapareció.

No me gustaba el tono en el que me había respondido. Parecía falso. Demasiado alegre.

—Dime la verdad —insistí—. ¿De verdad que me pondré bien?

No respondió.

Levanté la cabeza. Sentí un dolor muy agudo en la nuca.

Mamá había salido de la habitación. La oí ordenar los platos en la cocina.

Intenté llamarla. Pero apenas pude emitir un débil susurro.

Recliné la cabeza lentamente, la apoyé sobre el cojín del sofá y cerré los ojos.

Supongo que me quedé dormido. Me despertó el teléfono.

Miré la luz de la lámpara del techo. El teléfono no dejaba de sonar. Esperé a que mamá respondiera, pero no lo hizo.

¿Había salido y me había dejado solo en casa? No, no haría eso. ¿Dónde estaba?

Gimiendo, me apoyé sobre el costado para alcanzar el teléfono que estaba en la mesa de centro. Descolgué el auricular.

—¡Aaaay!

Lo había apretado demasiado contra la venda que me cubría la cabeza. Sentí un intenso dolor en la zona lateral de la cabeza.

—¿Diga? —pregunté con voz ronca.

Escuché a alguien respirando al otro lado de la línea. Y luego una voz que no reconocí.

—Espero que estés bien, Marco.

—¿Qui-quién es? —tartamudeé. Cerré los ojos con fuerza, intentando olvidar el dolor que sentía en la cabeza.

—Espero que estés bien —repitió la voz. Era la voz de un muchacho—. No quiero que te pase nada malo.

—¿Eh? ¿Que no quieres qué? —murmuré—. Ah… gracias. —Mantuve los ojos cerrados. La sien no cesaba de dolerme. Me costaba mucho mantener el auricular apretado contra el vendaje.

—¿Quién es? —pregunté de nuevo.

—No quiero que te pase nada malo —repitió el muchacho—. Porque, a partir de ahora, te tendrás que ocupar de mí.

—¿Cómo? —dije con voz ahogada—. No entiendo nada.

Silencio.

Respiré con profundidad. Decidí que repetiría la pregunta una vez más.

—¿Quién es?

—Soy yo —respondió el muchacho—. Keith.

—¿Keith?

—Sí. Soy Keith.

—N-no te conozco —tartamudeé.

—Pues deberías —replicó el muchacho con suavidad—. Deberías conocerme, Marco. Vivo en el sótano de tu casa.

4

¿Colgué? ¿O había colgado Keith?

No estoy seguro. Me sentía muy confundido.

Keith no había llamado para interesarse por mi estado. Sabía que quería asustarme.

Pero ¿por qué?

¿Era amigo mío? ¿Alguno de los compañeros de la escuela que quería gastarme una broma? La verdad es que no me parecía una broma muy divertida.

Miré hacia el techo. Me sentía aturdido y cansado. Perdí la noción del tiempo.

No hacía otra cosa que recordar a Gwynnie en la base de lanzamiento del campo. Primero agitaba dos bates. Luego sólo uno. Después el bate se dirigía hacia mi cabeza.

—¡Oh! —gemí.

No podía evitarlo. Debía intentar alejar los recuerdos.

—¿Cómo estás? —susurró alguien.

Vi a mamá. Se había peinado y pintado los labios. Llevaba una camiseta verde v una camisa oscura encima.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó—. Te he traído un tazón de cereales. Deberías comer algo. Si no comes, se te hará un agujero en el estómago.

—Mamá… el teléfono —comencé a decir un tanto aturdido—, el teléfono sonó y…

—Sí, ya lo sé —interrumpió—. Era Jeremy. Quería saber si podía venir a verte.

—¿Eh? ¿Jeremy?

Asintió.

—Le dije que todavía no estabas preparado para recibir visitas y que lo mejor sería que viniera mañana.

—No me refería a esa llamada —expliqué. Me incorporé y me apoyé sobre los codos. Ya no me dolía tanto la cabeza. La habitación no daba vueltas, ni se inclinaba.

Me sentía mejor y más fuerte.

—Llamó otra persona —proseguí—. Como no descolgabas el teléfono, respondí yo.

—Pero Marco… —comenzó a decir mamá.

—Era un muchacho muy raro —continué—. Dijo que se llamaba Keith y que vivía en el sótano de esta casa.

La expresión de mamá cambió. Bajó la vista. —¡Oh, vaya! —murmuró.

—Era una llamada espantosa —dije—. ¿Por qué querría alguien llamar y decir que vive en el sótano?

Mamá me puso la mano en la frente.

—Estoy… estoy un poco preocupada por ti, Marco —dijo en voz baja.

—¿Eh? ¿A qué te refieres?

—Tienes que tomártelo con calma —respondió—. No me hiciste caso. Y te dieron un buen golpe en la cabeza.

—Pero, mamá, la llamada…

Le volvió a temblar la barbilla.

—No puedes pensar con claridad, Marco, cariño —dijo.

—¿Por qué? ¿Por qué dices eso? —pregunté.

Entornó los ojos.

—Porque en esta habitación no hay ningún teléfono —respondió.



A la mañana siguiente me desperté temprano. Me senté y antes de que me levantara ya sabía que me encontraba mucho mejor. La cabeza no me palpitaba y los músculos no me dolían.

Me duché con tranquilidad. El agua estaba muy fría.

Mientras me secaba me di cuenta de que ya no tenía la cabeza vendada. Vi que la venda estaba en el suelo, junto a la cama. Supuse que se me habría caído por la noche.

Me miré la herida en el espejo. No era tan grave. Tenía un moratón bastante feo en la parte derecha de la sien. Se había hinchado como si fuese la enorme picadura de un mosquito.

Pero el resto de la cabeza estaba como siempre.

Abrí y cerré los ojos varias veces. Parecían estar bien.

Grité con todas mis fuerzas. La garganta no me dolía. Estaba contento porque me volvía a sentir fuerte.

Me puse unos vaqueros holgados y una sudadera. Bajé corriendo a la cocina para desayunar.

—No corras así por la cocina —me advirtió mamá—, o te golpearás contra la encimera y te romperás la rótula.

¿La rótula?

¡Vaya, una nueva!

—¡Estoy hambriento! —grité. Me preparé un enorme tazón de cereales. Tomé una cuchara y comencé a devorarlos.

—No comas tan rápido —me advirtió mamá—, o tendrás una indigestión.

Esa ya la conocía.

—Supongo que ya te encuentras mejor —dijo mamá. Sonrió y me apretó la mano.

Asentí.

—Estoy bien —repliqué—. ¿Qué día es hoy?

—Sábado —respondió. Dejó de sonreír—. Me alegro de que estés mejor. Pero hoy no quiero que salgas.

—Nunca quieres que salga —refunfuñé.

—Todavía estás débil —dictaminó—. Podrías desmayarte y golpearte la cabeza en la acera.

—No saldré —prometí.

Oí un ruido sordo que me hizo saltar del susto.

—¿Qué ha sido eso? —chillé.

Mamá se incorporó. Me miró detenidamente.

—Alguien llama a la puerta —dijo—. ¿Lo ves? Todavía no estás bien del todo, Marco.

—Ya te he dicho que no saldré —repetí.

Jeremy entró en la cocina. Se detuvo y me clavó la mirada.

—¿Estás vivo? —preguntó.

Me pellizqué el brazo.

—Sí —respondí.

—No te pellizques. Te saldrá un moratón —advirtió mamá.

Jeremy no se acercó más. Se quedó en el centro de la cocina, observándome.

—¿Por qué no te sientas mientras me acabo el tazón de cereales? —le pregunté—. No te pasará nada, no te preocupes. No te contagiarás.

—¿Has desayunado? —preguntó mamá a Jeremy—. No deberías salir con el estómago vacío. Tu cuerpo lo notará.

Jeremy se acercó a la mesa.

—No hago otra cosa que recordar a Gwynnie agitando el bate —dijo—. Fue horrible. Lo vi todo.

Se sentó junto a mí y suspiró.

—Pensé que te había arrancado la cabeza, Marco. De verdad. Me sentía muy mal. Pensé que vomitaría sobre el césped todo lo que había comido.

—No hables de vomitar mientras se desayuna —le reprendió mamá. Se dirigió hacia la puerta—. Tengo que salir un rato, Marco.

Recuerda lo que me has prometido. No salgas.

—De acuerdo —murmuré.

—Y tómatelo con calma—dijo—. Quédate sentado y habla con Jeremy. No hagas nada más. Podrías desmayarte.

Cuando se hubo marchado, Jeremy se volvió hacia mí.

—¿De verdad estás bien? —preguntó.

Asentí.

—Sí. Me siento estupendamente. —Me acabé el tazón de cereales y me bebí un zumo de naranja—. Me siento mucho mejor que ayer.

—Gwynnie me llamó anoche —dijo Jeremy—. Quería saber cómo estabas. Parecía muy preocupada. Por lo del golpe.

Me reí.

—¿No presumió de lo muy buena bateadora que es?

—¡Qué va! —insistió Jeremy.

—La verdad es que no fue por su culpa —dije—. Fui corriendo hacia el bate y no se dio cuenta.

Hablamos del golpe durante un rato. Luego le pregunté si quería tocarme la herida.

—¡No, de ningún modo! —gritó al tiempo que adoptaba una expresión de asco.

Sabía que eso le molestaría.

Me ayudó a recoger la mesa.

—¿Qué te apetece hacer? —inquirí.

—Tu madre te ha dicho que no puedes salir —me recordó Jeremy.

—Pues no saldremos —respondí.

—¿Quieres jugar al billar? —sugirió.

Tenemos una mesa de billar en el sótano. Es regulable pero en el sótano no hay mucho espacio. Hay que inclinar el taco hacia arriba e intentar no tocar las vigas de hormigón.

—Vale, juguemos —convine. Jeremy juega mucho mejor que yo al billar, pero a veces tengo suerte y le gano.

Terminé de introducir los platos del desayuno en el lavavajillas y luego me dirigí hacia la puerta del sótano. Alargué la mano para girar el pomo… y entonces me detuve.

«Vivo en el sótano.»

Recordé lo que me había dicho el muchacho por teléfono, de forma tan categórica y fría.

«A partir de ahora te ocuparás de mí… Vivo en el sótano.»

Recordé todas y cada una de las palabras. Vacilé.

«Te lo has imaginado todo», me dije.

No había ningún muchacho ni ninguna voz. Keith no existía.

Me lo había imaginado todo por el golpe que había recibido en la cabeza.

¿No?

Abrí la puerta. Miré hacia abajo.

Luego, agarrándome de la barandilla, comencé a bajar la escalera.

6

Una vez hube llegado abajo, fui corriendo a encender las luces. Encendí hasta las del cuarto de la lavadora.

Jeremy tomó un taco y comenzó a poner tiza en la punta.

—¿Qué te pasa, Marco? —preguntó—. ¿Vas a jugar o no?

—Me gusta jugar con todas las luces encendidas —le dije.

Eché un vistazo detrás de la gran pila de cajas que estaban junto a la caldera. Luego escudriñé en dirección a la caldera para ver si alguien vivía allí.

Sólo había un montón de polvo. Empecé a pensar que me estaba comportando como un verdadero tonto.

¿Por qué iba alguien a vivir en el sótano? Era una idea descabellada.

Fui corriendo hasta la mesa de billar y escogí un taco. Acto seguido, empezamos a jugar.

Jeremy introdujo la bola número tres en la tronera lateral. Volvió a tirar y las bolas salieron disparadas por toda la mesa, pero no entró ninguna.

Me tocaba. Tuve que colocarme entre la mesa y una columna de hormigón e inclinar el taco hacia el techo. No sería fácil tirar desde ese lugar.

Fallé.

—¿Has jugado alguna vez al billar con Gwynnie? —me preguntó Jeremy mientras se situaba junto a la mesa para buscar el ángulo más apropiado.

—No, nunca —respondí—. ¿Es buena?

Se rió.

—Juega al billar igual que al *softball*. Golpea las bolas con tanta fuerza que las acaba rompiendo. Una vez estábamos jugando en el Centro Juvenil y Gwynnie tiró con tanta fuerza que la bola salió disparada y atravesó la ventana.

—A lo mejor se cree que está jugando al béisbol —bromeé.

Nos reímos. Al reírme, me dolió la cabeza.

¡Pensar en Gwynnie me provocaba dolor de cabeza!

Jeremy lanzó la bola número siete contra la número ocho. La número ocho estuvo a punto de entrar en la tronera de la esquina.

—¡Por poco! —suspiró.

Tal vez no sepáis cómo se juega al billar americano. Si la bola número ocho entra, pierdes.

Sólo así he podido ganar a Jeremy.

—Los gemelos Franklin también estaban jugando en el Centro Juvenil —continuó—, y se pelearon.

Puse los ojos en blanco.

—¿Y qué tiene eso de nuevo?

—Se peleaban por una tontería —explicó—. Discutían sobre cuál era la bola número seis y cuál la número nueve. Empezaron a hacer esgrima con los tacos y se mancharon de tiza azul.

—¡Bien! —murmuré. Golpeé la bola número doce con fuerza, pero no entró—. ¿Por qué crees que siempre se están peleando? —pregunté.

Jeremy se lo pensó antes de responder.

—Porque son gemelos —dijo finalmente—. Ni siquiera ellos mismos saben quién es quién. Por eso tienen que demostrar que son diferentes.

—Buena respuesta —repliqué. Quería reflexionar al respecto, pero oí un sonido extraño y me di la vuelta.

Era el sonido de un rasguño. Y estaba muy cerca.

Un rasguño. Y luego un golpe.

—¿Has oído eso? —le susurré a Jeremy.

Asintió.

—Sí —.Señaló hacia la escalera.

Otro golpe.

En el hueco de la escalera hay una gran despensa. Los ruidos

provenían de su interior. Los dos nos quedamos mirando a la puerta de madera de la despensa.

Otro golpe.

—Ahí dentro hay alguien —murmuré—. Alguien que está intentando salir.

Jeremy entornó los ojos.

—¿Por qué se iba a esconder alguien en la despensa?

Me dirigí hacia la puerta de la despensa.

—¿Quién está ahí? —grité.

Silencio.

Otro rasguño. Había alguien detrás de la puerta.

—¿Quién está ahí? —repetí.

Silencio.

Así la manecilla de la puerta. Respiré profundamente y la abrí de un tirón.

Y grité al ver que una criatura saltaba hacia mí.

7

—¡Una ardilla! —gritó Jeremy.

Si. Una gruesa ardilla de color gris había saltado y había caído sobre mi pierna.

Se cayó al suelo. Tenía los ojos bien abiertos y no dejaba de mover las patas. Comenzó a corretear por el suelo de linóleo del sótano.

—¿Cómo habrá entrado aquí? —preguntó Jeremy.

Me sentía demasiado perplejo como para responder.

Seguí a la ardilla con la mirada. Intentó subir a una de las vigas de hormigón, pero se resbaló, se dio la vuelta y salió disparada hacia el cuarto de 1a lavadora.

Finalmente, pude hablar.

—¡Tenemos que sacarla de aquí! —grité—. Mamá se vuelve loca cuando algún animal entra en casa. Por lo de los microbios.

La ardilla nos observaba desde la puerta del cuarto de la lavadora.

—¡A por ella! —exclamé.

Jeremy y yo nos lanzamos a atraparla.

Comenzó a corretear de un lado a otro. Se escondió detrás de la secadora. Pero ya no podría escaparse.

—¡Ya te tengo! —chillé. Alargué las manos y las moví con rapidez.

Pero la ardilla se me subió a la espalda y se escapó corriendo. Esquivó a Jeremy y se dirigió hacia el centro del sótano.

Me empezó a doler la cabeza y me costaba respirar.

Salí del cuarto de la lavadora. La ardilla se escondió bajo la mesa de billar, con la peluda cola bien levantada.

Comprobé que las ventanas del sótano estuvieran abiertas. Luego tomé una red de pescar vieja que estaba en la pared.

La ardilla, asustada, dejó de correr y se volvió hacia nosotros. Estaba temblando. Sus pequeños ojos negros parecían pedirnos ayuda.

—¡Ven aquí, ardilla! ¡Ven aquí! —dije mientras agitaba la red—. No vamos a hacerte daño.

Le lancé la red, pero fallé.

La ardilla comenzó a correr de nuevo. Jeremy intentó atraparla pero tampoco pudo.

Sin poder hacer nada, contemplamos cómo la ardilla subió a la pila de cajas que estaban junto a la caldera. Llegó a la parte más elevada y salió al exterior por una de las ventanas del sótano.

—¡Sííííí! —Jeremy y yo gritamos de alegría y chocamos los cinco.

—¡Venceremos a todas las ardillas! —exclamó Jeremy con voz profunda.

No sabía muy bien a qué se refería, pero nos echamos a reír.

La voz de mamá hizo que dejáramos de reírnos.

—¿Qué pasa ahí abajo? —gritó.

—Nada —me apresuré a decir—. Estamos jugando al billar.

—Marco… ten cuidado con los tacos —chilló—. ¡Te sacarás un ojo!

Jeremy y yo jugamos varias partidas. Me ganó con facilidad, pero nos divertimos. Y no nos sacamos ningún ojo.

Mamá nos preparó emparedados y sopa de pollo con fideos para comer. Nos dijo una y otra vez que sopláramos la sopa porque si no nos quemaríamos la lengua.

¡Puaj!

Después de comer, estaba cansado. Jeremy se fue a su casa.

—Sube a tu habitación y ponte a ver la televisión o duerme la siesta —me aconsejó mamá—. Te dije que no hicieses ningún esfuerzo.

—No he hecho ningún esfuerzo —refunfuñé. Fui a mi habitación

y dormí durante un buen rato.

Tal vez demasiado. Por la noche no tenía sueño y no podía dormir. Leí un poco. Luego hice *zapping*, pero no había nada interesante.

Miré el reloj de la mesita de noche. Era algo más de medianoche. El estómago me hacía ruido. Pensé que tal me conviniese tomar un tentempié.

Encendí la luz del pasillo y me dirigí hacia la cocina. Pero no llegué. Para mi sorpresa, la puerta del sótano estaba abierta.

—¡Qué raro! —murmuré. Mamá siempre cierra esa puerta. Es una maniática con lo de las puertas abiertas.

Me acerqué a la puerta y comencé a empujar para cerrarla. Pero me detuve al oír un ruido en el sótano.

¿Eran pasos?

Asomé la cabeza y escudriñé en la oscuridad.

—¿Quién… quién está ahí? —grité.

Oí más pasos.

Y luego la voz de un muchacho.

—Soy yo. Keith. ¿No te acuerdas de mí? Vivo aquí abajo.



—No. ¡No existes! —chillé asustado.

Oí más pasos sobre el suelo de linóleo. Entonces alguien encendió la luz del sótano.

Miré hacia abajo y vi… ¡a mi madre!

—¿Eh? —grité sorprendido.

—Marco… ¿por qué no estás en la cama? —me preguntó con el cejo fruncido y los brazos en jarra.

—Porque no tengo sueño —respondí—. Mamá, ¿qué haces ahí abajo?

—Estoy lavando la ropa —dijo—. Yo tampoco tengo sueño. Por eso estoy lavando la ropa. Ya sabes que me relaja mucho.

—Mamá… sube. ¡Rápido! —grité—. ¡Ahí abajo hay alguien más!

Me miró entornando los ojos. Inclinó la cabeza v me observó detenidamente.

—¿Cómo? —preguntó en voz baja.

—¡Date prisa! —insistí—. Ese muchacho ha vuelto a hablar conmigo.

—Marco, estoy muy preocupada —dijo mamá con calma. Comenzó a subir la escalera sin apartar la vista de mí—. Lo que dices no tiene sentido, querido.

—¡Sí lo tiene! —insistí—. Lo he escuchado, mamá. ¡Acaba de hablar conmigo! ¡Está ahí abajo! ¡De verdad!

—Es demasiado tarde para llamar al doctor Bailey —aseveró. Subió del todo y me puso la mano en la frente—. No tienes fiebre.

—¡No son imaginaciones, mamá! —me quejé.

—Mañana es domingo —dijo—. Quiero que descanses todo el día. Y ya veremos si el lunes ya estarás bien para volver a la escuela.

—Pero, mamá—comencé a decir—, yo…

La voz del muchacho me interrumpió.

—Marco —gritó—, haz caso a tu madre.

—Mamá, ¿has oído eso? —chillé.



—¿Que si he oído el qué? —me preguntó mamá clavándome una severa mirada.

—Al muchacho… —comencé a decir. Pero no acabé la frase. Alguien me golpeó con fuerza por la espalda.

Me tambaleé hacia el sótano y estuve a punto de caer por la escalera.

—¡Eh! —grité y me di la vuelta.

Tyler meneó el rabo al verme. Volvió a abalanzarse sobre mí. Siempre lo hace, supongo que para jugar.

—¡Perro estúpido! —chillé—. ¡Casi me matas!

Tyler dejó de menear el rabo. Me miró con sus enormes ojos marrones.

—No le grites al perro —me regañó mamá—. No te estás comportando de forma normal, Marco. Vayamos a la cama, ¿de acuerdo? Estás muy cansado.

—Pero, mamá…

Pensé que no debía discutir. ¿De qué me serviría?

Miré hacia el sótano, con la esperanza de ver al muchacho. Pero todo estaba oscuro.

¿Dónde estaba? ¿Dónde se escondía?

Estaba seguro de que existía y de que le había escuchado.

Entonces, ¿qué es lo que ocurría?

El lunes, mamá me dejó ir a la escuela. Sin embargo, teniendo en cuenta lo que me pasó, hubiera preferido que no me dejara ir.

Me sentía bien. La herida de la cabeza todavía estaba morada aunque la hinchazón se había reducido considerablemente.

Cuando entré en la escuela, todos se acercaron a mí. Los gemelos Franklin discutían sobre las mochilas que llevaban e intentaban averiguar a quién le pertenecía cada una de ellas. Siempre confunden las cosas que llevan.

Pero, nada más verme, dejaron caer las mochilas y se acercaron corriendo.

—Marco, ¿cómo estás?

—¿Estás bien?

—Déjame ver la herida.

—¡Vaya, tiene mal aspecto!

—¿Te duele?

—¡No puedo creer que hayas vuelto!

—¡Tienes que tener una cabeza bien dura!

Todos se reían y hacían bromas sobre lo que me había sucedido. Me gustaba ser, por una vez, el centro de atención de los demás. ¡Normalmente, nadie se fija en mí!

La verdad es que me sentía muy bien.

Hasta que sonó la campana y la señorita Mosely me pidió que me levantara y saliera a la pizarra.

—Nos alegramos mucho de verte de nuevo, Marco —dijo.

Jeremy empezó a aplaudir y luego todos los demás hicieron lo mismo. Hasta Gwynnie, que estaba sentada ante la profesora, aplaudió.

—Puesto que hemos estado estudiando algunas nociones elementales de medicina —prosiguió la señorita Mosely—, me gustaría que nos contases cómo era el hospital.

¿El hospital?

La miré fijamente. La cabeza comenzó a darme vueltas y me quedé boquiabierto.

¿Había estado en el hospital?

—¿Cómo era tu habitación? —preguntó la señorita Mosely—. ¿Y el médico que te reconoció? ¿Qué te hizo?

Parpadeé. Hice un gran esfuerzo e intenté recordar.

—Cuéntanoslo todo —insistió la señorita Mosely. Cruzó los brazos y me miró con sus gafas redondas de montura negra.

—N-no me acuerdo —tartamudeé.

Uno de los gemelos Franldin se rió. Varios muchachos murmuraban entre sí.

—¿Qué es lo recuerdas del hospital, Marco? —inquirió la señorita Mosely, pronunciando con gran claridad cada una de las palabras, como si estuviera hablando con un niño de tres años.

—No recuerdo nada. ¡Nada de nada! —respondí.

Gwynnie se inclinó hacia delante, tanto que hasta se apoyaba en la mesa de la señorita Mosely.

—Tal vez debería volver a golpearle en la cabeza —dijo—. Puede que así recupere la memoria.

Algunos muchachos se rieron.

La señorita Mosely frunció el cejo.

—¡No deberías decir algo tan horrible! No se trata de una broma. La pérdida de la memoria es algo muy serio.

Gwynnie se encogió de hombros.

—Sólo bromeaba —murmuró—. ¿Es que no se pueden hacer bromas?

Mientras tanto, yo seguía de pie, delante de todos, y me sentía incómodo y confundido.

¿Por qué no recordaba el hospital? Lo primero que recordaba era que estaba tumbado en el sofá del estudio de casa.

La señorita Mosely me indicó con la mano que me sentase.

—Nos alegramos mucho de que estés bien, Marco —dijo—. Y no te preocupes por las cosas que no recuerdes. Recuperarás la memoria dentro de poco.

Hasta ese momento, no me había planteado esa posibilidad. Me dejé caer en la silla, cansado y abatido.

El resto del día fue como un borrón.

Esa misma tarde, camino de casa, seguía pensando en lo mismo e intentando recordar algo sobre el hospital.

Vi a algunos chicos jugando al *softball* en el patio. Pensar en el *softball* me producía escalofríos.

Comencé a alejarme… pero vi a alguien que me llamó la atención.

¡Gwynnie!

Se acercaba corriendo hasta donde yo estaba. Llevaba un bate de

béisbol y lo agitaba por encima de la cabeza.

Tenía una expresión sombría y decidida.

—¡Marco! ¡Oye, Marco! —gritó al tiempo que agitaba el bate de forma amenazadora.

«Va a golpearme otra vez», pensé.

Pero ¿por qué?

—¡No! —grité, mirándola boquiabierto y horrorizado—. ¡Gwynnie, por favor, no lo hagas!

10

—¡Marco! ¡Oye, Marco!

Gwynnie me había clavado la mirada. Volvió a agitar el bate por encima de la cabeza.

Estaba paralizado. Las piernas no me obedecían. Grité y, finalmente, pude darme la vuelta y comenzar a correr para alejarme de allí.

Atravesé la calle sin comprobar si venían coches o no. «¿Qué le pasa a Gwynnie? ¿Está loca? —pensé—. ¿Por qué se comporta así?»

¿De veras creía Gwynnie que me devolvería la memoria con un golpe en la cabeza?

Doblé la esquina, respirando a duras penas. Miré hacia atrás y la vi al otro lado de la calle. Dos autobuses escolares pasaron retumbando y no la dejaron cruzar.

Incliné la cabeza hacia abajo, sujeté la mochila y eché a correr de nuevo.

Cuando llegué a casa, el corazón me latía con tanta fuerza que me dolía. La herida de la cabeza me palpitaba y también me dolía.

Entré en casa y cerré de un portazo. Apoyé la espalda contra 1a puerta e intenté recuperar el aliento.

—¿Marco? ¿Eres tú? —gritó mamá desde el estudio.

Intenté responder, pero apenas podía respirar, por lo que sólo fui capaz de emitir un sonido ronco.

Mamá apareció por la puerta de la sala de estar. Entornó los ojos y me miró detenidamente.

—¿Qué tal te ha ido?

—Bien —respondí a duras penas.

—¿No habrás hecho nada raro, verdad? —preguntó—. ¿Por qué estás tan pálido? ¿Has ido a clase de gimnasia? Te hice un justificante para que no fueras, ¿lo recuerdas?

—No… no tuvimos clase… de gimnasia —murmuré.

Mamá siempre me da justificantes para que no vaya a las clases de gimnasia. Está segura de que me sacaré un ojo o de que me romperé todos los huesos.

—¿Por qué respiras así? —me preguntó al tiempo que se aproximaba a mí. Me puso la mano en la frente—. Estás sudando. ¿Acaso no te he explicado más de una vez lo que pasa cuando se suda? ¡Te resfriarás!

—Estoy bien, estoy bien —dije. Ya me sentía mejor. Me agaché para evitar su mano y, de reojo, miré hacia fuera por la ventana que daba a la entrada de casa.

¿Me habría perseguido Gwynnie hasta casa?

No la veía.

—Hoy me siento bien —le dije—. Estoy bien.

Quería hacerle preguntas sobre el hospital, pero no que supiese que había perdido la memoria. Si lo hacía, estaba seguro de que surgirían más problemas.

No le dije nada sobre el hospital. Me dirigí hacia la escalera.

—Tengo muchos deberes atrasados —expliqué—. Estaré en mi habitación.

—¿Te apetece un tentempié? —me preguntó—. No deberías hacer los deberes con el estómago vacío.

—No, gracias —respondí. Subí la escalera y me apresuré a recorrer el pasillo.

Me detuve en la entrada.

Entonces dejé escapar un grito de sorpresa al ver a un muchacho sentado en mi cama.

Parecía de mi edad. Tenía el pelo negro y ondulado y el semblante serio. Me miró con sus ojos oscuros y tristes. Llevaba unos vaqueros negros y una holgada camisa de franela de cuadros.

No parecía sorprendido de verme.

—¿Q-quién eres? —tartamudeé.

—Soy yo. Keith —respondió en voz baja—. Ya te lo he dicho.

Vivo en el sótano.



No dije nada. No podía pensar. Miré al muchacho desde el pasillo.

De repente, las piernas me comenzaron a temblar. Me agarré al marco de la puerta para no caerme.

Keith esbozó una sonrisa maligna. Sus oscuros ojos centellearon.

—Entra. Creo que deberíamos conocernos mejor —dijo—. Sobre todo teniendo en cuenta que, a partir de ahora, tendrás que ocuparte de mí.

Tragué saliva.

Permanecí paralizado durante largo rato.

Y luego comencé a gritar.

—¡No! ¡No pienso hacerlo!

Cerré la puerta de mi habitación. Había una llave en la cerradura, que nunca utilizamos. La giré sin que la mano me dejara de temblar y luego comprobé que la puerta quedase cerrada.

¡Sí! Había encerrado a Keith. Estaba atrapado en mi habitación.

Ahora mamá podría verle. Y tendría que creerme.

—¡Mamá! —grité—. ¡Sube! ¡Date prisa!

Silencio.

¿Habría salido?

No. Seguramente estaría en la cocina, preparando la cena.

Volví a comprobar que la puerta estuviese cerrada. Luego bajé corriendo la escalera al tiempo que llamaba a gritos a mi madre.

—¿Marco? ¿Qué demonios…? —Se acercó a mí corriendo, con una cebolla y un cuchillo en la mano.

—¡Sube conmigo! ¡Date prisa! —grité—. ¡Lo he atrapado! ¡Está en mi habitación!

—¿Qué es lo que has atrapado? —Me miró con recelo—. ¿Quién está en tu habitación?

—¡El muchacho! —chillé. La agarré del brazo y la empujé escalera arriba—. Keith. El muchacho que vive en el sótano.

—Marco… espera. —Mamá tiró con fuerza y logró que le soltase el brazo—. Por favor, no empieces otra vez. Ya sabes lo mucho que me preocupo cada vez que dices locuras.

—¡No estoy diciendo locuras! —exclamé.

La agarré de nuevo del brazo. Se le cayó la cebolla y rebotó en el suelo.

—Deja de empujarme. Ya voy —dijo con brusquedad—. Te estás comportando de una forma muy rara, Marco. No me gusta nada. El doctor Bailey me dijo que si comenzabas a comportarte de una forma que no era normal debía llamarle de inmediato…

—¡Mamá… no sigas hablando! —le rogué—. No digas nada más. Por favor… sígueme. Está en mi habitación. Lo he encerrado. Lo verás con tus propios ojos. Y entonces te darás cuenta de que no estoy loco.

Mamá refunfuñó pero me siguió escalera arriba.

Me detuve delante de la puerta de la habitación y alargué la mano para girar la llave. El corazón me latía con tanta fuerza que pensé que el pecho me estallaría. La cabeza comenzó a palpitarme de nuevo.

Giré la llave y abrí la puerta de mi habitación.

—¡Ahí está! —grité mientras señalaba la cama.

12

Mamá y yo gritamos de sorpresa.

Tyler estaba sentado sobre la cama y nos miraba. Resollaba y la lengua le colgaba. Cuando nos vio, comenzó a menear el rabo.

Mamá apoyó con firmeza su mano en mi hombro.

—Acuéstate en la cama, Marco —ordenó—. Voy a llamar al médico ahora mismo.

—No. Espera —insistí. Me agaché y me soltó el hombro.

Me recosté sobre el suelo y miré debajo de la cama.

—Keith… ¿dónde estás?

Allí no estaba. Me incorporé, crucé la habitación y abrí la puerta del armario de un tirón.

—¿Keith…?

Tampoco estaba allí.

Me di la vuelta. ¿Dónde se habría escondido?

Tyler saltó de la cama y salió de la habitación.

—Al pobre no le gusta que lo encierren —dijo mamá en tono preocupado.

—¡Yo no he encerrado a *Tyler*! —grité—. ¡He encerrado a Keith!

Mamá chasqueó la lengua.

—Te pondrás bien, Marco. De verdad. —Le temblaba la voz.

Era fácil imaginar lo que en realidad quería decir: «Ese golpe en la cabeza te ha trastocado, Marco. ¡Te estás comportando como un auténtico chalado!»

Respiré profundamente e intenté explicárselo todo una vez más.

—Mamá, no sé cómo ha entrado aquí *Tyler*. Pero lo que sí sé es

que había un muchacho sentado en la cama y que lo había encerrado.

—Voy a llamar al doctor Bailey ahora mismo —respondió mamá —. Pero no quiero que te preocupes. Todo irá bien. —Salió de la habitación rápidamente.

«Todo irá bien.» Las palabras de mamá resonaban en mi cabeza.

Pero, como siempre, estaba equivocada.

La sala de espera del doctor Bailey era azul y verde. Había una pecera enorme junto a la pared que burbujeaba sin hacer casi ruido. Las sillas verdiazules, la alfombra verdiazul y las paredes verdiazules hacían que yo también me sintiera como en una pecera.

La mujer que estaba en la recepción tomó nota de nuestra llegada.

Luego nos sentamos sobre un duro sofá de plástico situado junto a la pared.

Un padre y su hija estaban sentados en las sillas de plástico que estaban un poco más allá. La niña debía de tener unos siete u ocho años. Cada pocos segundos, hipaba con fuerza y todo el cuerpo le temblaba.

—Hace dos semanas que está así —explicó el padre al tiempo que negaba con 1a cabeza.

—Papá —dijo la niña con brusquedad—, sólo llevo diez días.

—¿Ha comido muchos huevos? —preguntó mamá—. Comer huevos en exceso provoca hipo.

El hombre clavó su mirada en mamá.

—Es por culpa de las claras —prosiguió mamá—. Son demasiado escurridizas y el estómago no puede digerirlas.

El hombre seguía mirando a mamá.

—No creo que hayan sido los huevos —murmuró finalmente.

La niña volvió a hipar y a estremecerse.

La pecera burbujeaba.

Tuve la sensación de que estaba nadando con los peces, atravesando el agua azul.

«¡Pero no se puede respirar debajo del agua!», me dije.

La niña volvió a hipar.

Aquel sonido comenzaba a irritarme. Quería volver a casa. Me volví hacia mamá, que había cogido una revista y la estaba

hojeando.

—¿Podemos irnos? —rogué—. Estoy bien.

Negó con la cabeza.

—El doctor Bailey quiere verte —respondió sin apartar los ojos de la revista—. Un golpe en la cabeza es algo muy serio. Sólo tienes una cabeza.

La niña hipó.

—Intenta contener la respiración —le aconsejó su padre.

—¡Llevo diez días conteniendo la respiración! —refunfuñó la niña.

Al cabo de varios cientos de hipos, la enfermera nos condujo a la consulta del doctor Bailey. Al entrar, me percaté de que también era verdiazul.

El médico era un hombre alegre y gordinflón. Tenía la cara redonda, una calva reluciente y llevaba una pajarita debajo de la bata verde de laboratorio. Cuando hablaba, la pajarita se le movía con la nuez.

Se acercó a la mesa de escritorio y me estrechó la mano. Luego me levantó los párpados con los pulgares para examinarme los ojos.

—Hum… parece que todo está bien —murmuró.

Con el pulgar, recorrió suavemente el chichón que tenía en la cabeza.

—¿Te duele, Marco?

—Un poco —admití.

—Está cicatrizando a la perfección —le dijo a mamá—. A la perfección. Entonces, ¿cuál es el problema, Marco?

Vacilé. ¿Debía contarle lo de Keith? Si lo hago, ¿pensará que estoy loco? ¿Me enviará de nuevo al hospital o algo parecido?

¿Debía decirle que no recordaba en absoluto haber estado en un hospital?

El doctor Bailey me miraba pacientemente, esperando que comenzara a hablar.

Finalmente, decidí que se lo contaría todo. Al fin y al cabo era médico. Comprendería mi situación.

Le expliqué que no recordaba el hospital. Y luego le conté lo del muchacho que decía que vivía en el sótano de casa. También le dije que había visto a Keith y que lo había encerrado en mi habitación.

Y que habíamos encontrado a *Tyler*.

Mientras yo hablaba, el doctor Bailey permanecía sentado detrás de la mesa y no dejaba de mirarme. La pajarita palpitaba sobre su nuez, pero no dijo nada hasta que hube acabado mi relato de los hechos.

Después de contárselo todo me sentía bien. Entonces se inclinó hacia delante y suspiró.

—No parece que las cosas vayan tan mal —dijo.

—¡Oh, gracias a Dios! —exclamó mamá.

El doctor Bailey se rascó la calva.

—Pero ¿sabéis lo que me gustaría hacer para asegurarme de que todo es normal? —preguntó.

—¿El qué? —preguntamos mamá y yo al unísono.

—Me gustaría extraerte el cerebro y examinarlo con el microscopio —explicó.

13

—¿Eh? —dije a duras penas. Estuve a punto de caerme de la silla.

—No es una operación complicada —explicó el doctor Bailey al tiempo que esbozaba una sonrisa tranquilizadora.

—Pe-pero… —tartamudeé.

—Una vez abierto el cráneo, el cerebro saldrá con facilidad —aseguró el doctor Bailey.

—No… no lo creo —protesté.

Se encogió de hombros. La pajarita subía y bajaba.

—No puedo examinar el cerebro con precisión a no ser que lo extraiga.

El corazón me latía con fuerza. Tenía las manos frías. Observé detenidamente la cara redonda del doctor Bailey.

—Está bromeando, ¿no? —pregunté—. Me está gastando una broma pesada, ¿no?

Mamá me dio un codazo en el costado,

—Haz caso al médico —dijo—. Sabe muy bien lo que dice. Si te asegura que el cerebro saldrá fácilmente es porque saldrá fácilmente.

El doctor Bailey se inclinó sobre la mesa. Estaba tan cerca de mí que veía las pequeñas gotas de sudor que tenía en la frente.

—No te dolerá mucho —dijo.

Me volví hacia mamá.

—No vas a dejarle que lo haga, ¿verdad que no? —pregunté.

Me dio una palmadita en la mano.

—El doctor Bailey sólo quiere ayudarte. Es un médico muy bueno, Marco, y tiene mucha experiencia.

El doctor Bailey asintió.

—He extraído muchos cerebros —me dijo—. No me gusta presumir, pero…

—¿Puedo hablar con mi madre a solas? —le pregunté—. ¿Podríamos volver mañana? Me siento muy bien, de verdad. De hecho, me siento de maravilla.

El doctor Bailey se volvió a rascar la calva.

—Buena idea —respondió mirando a mi madre—. ¿Por qué no me llama mañana? Podríamos fijar la fecha para la operación.

Me levanté de un salto y me dirigí hacia la puerta. No esperé a mi madre ni me despedí del médico. Salí corriendo.

Mamá me siguió hasta la sala de espera.

—Marco, te has comportado como un maleducado —me reprendió.

—No quiero que me saque el cerebro —respondí enfadado sin dejar de caminar. Pasamos junto a la niña que hipaba y le dije adiós.

—Hip, hip, hip —dijo a modo de respuesta. ¡Tuve la impresión de que estaba peor que antes!

—El doctor sólo quiere ayudarte —dijo mamá mientras me seguía por el aparcamiento.

Subí al coche y me crucé de brazos.

—Estoy perfectamente, mamá —le dije apretando los dientes—. A mi cerebro no le pasa nada. Ya no veré más a Keith. Se ha ido para siempre. Lo sé. Nunca volveré a verlo ni a oírlo.

Pero, obviamente, estaba equivocado.

14

Mamá me dijo que no me preocupara. Me aconsejó que esperáramos unos días antes de tomar una decisión.

Sus palabras me hicieron sentir mucho mejor.

Aquella noche me puse a hacer un trabajo en el ordenador. La señorita Mosely nos había puesto una redacción de deberes. Teníamos que escribir una historia desde el punto de vista de otra persona.

Decidí escribir sobre un día normal desde el punto de vista de *Tyler*. Era divertido intentar introducirse en la mente de un perro.

El coeficiente intelectual de los perros es de diez. Lo aprendí en uno de esos programas de ciencia de la tele. Un coeficiente de diez no da para mucho. Supongo que no son capaces de entender demasiadas cosas con un coeficiente tan bajo. Por eso *Tyler* siempre parece confundido y sorprendido.

Ésa también es la razón por la que es capaz de pasarse diez minutos ladrándole a una bolsa de basura.

Me senté ante el teclado. Me lo estaba pasando bien. No me suele gustar hacer trabajos, pero éste tenía su gracia.

Cuando sonó el teléfono refunfuñé y seguí tecleando. Esperaba que mamá respondiera pero no fue así.

Me levanté y me acerqué al teléfono que tenía en la mesita de noche. Sentí un escalofrío en la nuca.

¿Sería él? ¿Sería Keith?

Recordé la primera vez que llamó: el día en que me golpearon en la cabeza. Agarré el auricular con la mano pero no lo descolgué.

No sabía qué hacer. No quería volver a hablar con él. Quería que desapareciera.

Cuando el teléfono sonó por sexta vez, me acerqué el auricular al oído.

—¿Diga?

—Hola, Marco. Soy yo.

Volvía a sentir un escalofrío. Entonces le reconocí la voz.

—¿Jeremy?

—Sí. Hola. ¿Qué ocurre?

—¿Jeremy? —repetí.

—Sí. ¿Te encuentras bien, Marco? Quería saber qué tal estabas.

—Oh, estoy bien —le dije. Me senté en el extremo de la cama—. Me encuentro bien. Estoy haciendo la redacción.

—Sí, yo también —repuso Jeremy—. ¿Qué punto de vista has escogido?

—El de mi perro —contesté.

Se echó a reír.

—¡Yo he elegido el de mi gato!

—¿Crees que todos los de clase habrán escogido un animal? —pregunté—. Tendría gracia.

Reímos y charlamos sobre varias cosas. Hablar con Jeremy me animó. Estaba empezando a sentirme realmente bien de nuevo.

—Será mejor que siga con los deberes —dije al cabo de unos minutos. Colgué el teléfono y me dirigí al ordenador.

Estaba a punto de sentarme cuando me fijé en el monitor.

Mis escritos, mis palabras, habían desaparecido por completo.

Una cara me miraba desde la pantalla.

¡El rostro de Keith!

—¡No! —proferí un grito.

Entonces un fuerte brazo me rodeó el cuello desde atrás y empezó a apretar con fuerza.

15

—Hummmmm.

Hice esfuerzos para respirar.

El brazo me apretó con más fuerza.

Levanté los brazos y me volví con brusquedad.

Entonces vi a Gwynnie.

Ella dio un paso atrás con rostro sonriente.

—¿Eh? —dije con voz ahogada—. ¿Qué pretendías hacer?

—¿Te he asustado? —sonrió abiertamente.

—No —respondí, respirando con dificultad—. Estoy acostumbrado a que la gente entre en mi cuarto sin que me dé cuenta y me estrangule por detrás.

Se echó a reír.

—Quería darte una sorpresa. Supongo que no soy consciente de la fuerza que tengo.

—Seguro que sí—dije, al tiempo que me frotaba la nuca—. ¿Qué estás haciendo aquí, Gwynnie?

Se dejó caer en la silla del ordenador.

—En realidad he venido a disculparme.

—¿Qué? —Me quedé boquiabierto.

—En serio —insistió. Utilizó ambas manos para retirarse la melena de grueso cabello negro que le caía sobre los hombros—. Siento la broma que he hecho hoy en clase. Ya sabes, lo de golpearte otra vez en la cabeza.

—Sí. Y a me acuerdo —reconocí, poniendo los ojos en blanco.

—Ha sido una verdadera estupidez —siguió diciendo Gwynnie

—. No sé por qué lo hice. Así que quería decirte que lo siento.

—Gwynnie, me seguiste después de clase —me quejé—. Me perseguiste con un bate de béisbol y…

—¡No! —exclamó a la vez que se ponía en pie de un salto—. ¡Te he seguido para pedirte disculpas!

—En ese caso, ¿por qué llevabas el bate? —inquirí.

—Porque me tocaba batear. Eso es todo. —Le cambió la expresión—. ¿De verdad pensabas que iba a golpearte en la cabeza otra vez?

—Pues… —No quería decirle que precisamente era eso lo que pensaba. Ella había dicho en la escuela que yo le tenía miedo. Todo el mundo se habría reído de lo «gallina» que era Marco por haber huido de una persona que sólo quería disculparse.

Gwynnie clavó sus ojos verdes en mi rostro.

—Sabes, me arrepiento de lo ocurrido, Marco —dijo con voz queda—. No dejo de pensar en el otro día cuando agité el bate y te di. No dejo de pensar en cómo caíste de rodillas, gritando.

Exhaló un suspiro.

—Estaba… estaba muy asustada. Te quedaste tendido en la hierba. No te movías. Yo… yo pensé… —Apartó la mirada.

—Estoy bien —le dije—. Ahora estoy bien, de verdad.

—Bueno, es que hasta ahora no había tenido la oportunidad de disculparme —contestó Gwynnie—. Por eso he venido. —Levantó la mirada hacia mí—. ¿De verdad estás bien?

Asentí. Acto seguido me acordé de Keith.

—Tengo un problema grave —confesé a Gwynnie—. Ese muchacho. No deja de perseguirme, de llamarme. Aparece en mi habitación.

Abrió sus ojos verdes en señal de sorpresa.

—¿Un chico? ¿En tu habitación?

Asentí nuevamente.

—Mira. ¡Su cara está en la pantalla del ordenador! —señalé—. Estaba haciendo la redacción, me he levantado a responder al teléfono y, al volver, lo que había escrito ya no estaba. ¡Y su rostro me miraba desde el monitor! ¡Mira!

Gwynnie observó la pantalla. Acto seguido, se volvió hacia mí con expresión confundida.

—Marco —dijo mirándome con atención—. ¡El ordenador está apagado!

16

—¡Imposible! —exclamé.

Me volví hacia la pantalla. Negra. El monitor estaba apagado.

No había caras, ni palabras.

Gwynnie dio unos pasos por la habitación y se apoyó en la repisa de la ventana. Se cruzó de brazos.

—Era una broma, ¿verdad? —preguntó.

No podía apartar los ojos de la pantalla. ¿Me había imaginado la cara? ¡No! La había visto con claridad.

«No estoy loco», pensé.

—¡Ha sido él! —le dije a Gwynnie con voz temblorosa—. Keith, se llama Keith. Me está… me está tendiendo trampas. ¡Me persigue!

Gwynnie me miró con suspicacia.

—Marco, ¿cuándo le viste por primera vez? Después del golpe en la cabeza, ¿no es así?

—¡Me da lo mismo! —exclamé—. Está aquí, Gwynnie. Lo vi. Estaba sentado ahí mismo. En mi cama. Dice que vive en el sótano.

Gwynnie movió la cabeza. La cabellera negra se le enmarañó de nuevo.

—Tranquilízate, Marco. Piensa fríamente en lo que acabas de decir.

—No sabría cómo describirlo —insistí jadeando—. Tiene el pelo negro, del mismo color que tú, círculos negros alrededor de los ojos y una expresión sombría.

Gwynnie chasqueó la lengua.

—Piénsalo —repitió—. ¿Por qué iba a estar aquí? ¿Por qué iba a

estar en el sótano?

—Me dijo que tenía que ocuparme de él —respondí acaloradamente—. ¡Dijo que tenía que cuidar de él durante el resto de mi vida!

Gwynnie entornó los ojos. No articuló palabra pero quedó claro que estaba escudriñándome.

Y sé lo que estaba pensando:

«Pobre Marco. Ha perdido la chaveta.»

Entonces se me ocurrió una idea.

—Gwynnie, está ahí abajo —afirmé con voz queda—. Keith está en el sótano. Sé que está ahí.

Ella seguía sin responder.

—Baja conmigo —le rogué—. Por favor.

Se mordió el labio superior.

«Gwynnie es mucho más valiente que yo —me dije—. Es más corpulenta que yo, y más atrevida y fuerte que yo. Si encontramos a Keith en el sótano, me sentiré mucho más seguro si estoy con Gwynnie.»

—Esto es una tontería —dijo finalmente—. Debería marcharme a casa. Todavía no he empezado a hacer la redacción que tenemos de deberes. —Se dirigió a la puerta.

—¡No, espera! —supliqué, corriendo detrás de ella—. No estoy loco, Gwynnie. Baja al sótano conmigo para que pueda demostrártelo.

Se detuvo en el umbral de la puerta.

—Yo…

—¡Por favor! —insistí—. Está ahí abajo. Lo encontraremos. Sé que lo encontraremos. —Acto seguido, añadí—: No tienes miedo, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no! —se apresuró a decir Gwynnie. Emitió un quejido y levantó las manos—. Bueno, bueno. Bajemos al sótano.

Sabía que así la convencería.

—Venga, date prisa—instó Gwynnie—. Enséñame a tu amiguito, que luego tengo que irme a casa.

La conduje hasta la escalera que llevaba al sótano. Entonces abrí la puerta y encendí la luz.

Eché un vistazo por la escalera de madera. No se veía nada. Sin

embargo, yo sentí un escalofrío.

—Tú primero —le dije a Gwynnie.

17

Las zapatillas resonaban en los peldaños de madera. El ambiente se iba enfriando a medida que descendíamos. Mamá siempre se queja de que en el sótano no hay calefacción.

Gwynnie iba la primera y avanzaba con rapidez. Yo, agarrado a la barandilla, me esforzaba por no separarme de ella.

Al pie de la escalera me detuve de repente para no chocar contra ella. Los dos echamos un vistazo alrededor de la estancia.

Una de las bombillas del techo se había fundido. La mitad de la sala estaba en penumbra. Oí el continuo goteo de un grifo del cuarto de la lavadora situado al fondo.

El sonido de una respiración profunda me hizo lanzar un grito ahogado.

Enseguida me di cuenta de que el sonido procedía de Gwynnie.

Gwynnie se adentró en la estancia. Entonces hizo bocina con las manos y gritó:

—¡Eh, chico! ¿Estás ahí?

Me arrimé a ella y agucé el oído.

No hubo respuesta.

—¿Keith? —llamó Gwynnie—. ¿Keith? ¿Dónde estás?

Me estremecí. Estaba ahí. Lo sabía. ¿Por qué Gwynnie no estaba asustada?

Un ruido brusco me hizo dar un salto. Levanté la mirada hacia el techo. Las ráfagas de viento hacían temblar los cristales de las ventanas.

Agucé el oído para identificar otro ruido extraño. ¿Era un ratón?

No. No eran más que las zapatillas de Gwynnie rozando el suelo de linóleo.

Fuimos acercándonos más al fondo. Me aproximé a la mesa de billar y miré debajo.

Allí no había nadie.

Gwynnie abrió la puerta de la despensa que estaba detrás de la caja de la escalera. Encendió la luz y rebuscó por entre los estantes.

Cerró la puerta y se volvió hacia mí.

—Estoy empezando a sentirme un poco imbécil, Marco.

—Keith está aquí abajo —insistí con un hilo de voz—. Dice que vive en el sótano. Yo sé que está aquí.

Gwynnie exhaló un suspiro.

—Le daré unos minutos más y luego me largo.

—Busquemos por ahí —dije—. Al lado de la caldera.

Cruzamos la estancia. La caldera estaba en la parte más oscura y se elevaba ante nosotros como una especie de criatura gigantesca.

—¿Keith? —llamó Gwynnie—. Keith, ¿dónde te escondes? Sal, sal, ¡estés donde estés!

Su voz resonó entre las paredes oscuras. El viento soplaba en el exterior y hacía que las ventanas vibraran.

—¡Eh! ¡Espera! —dije. No quería que Gwynnie se me adelantara demasiado.

Abrió un armario de ropa vieja.

—Keith, ¿estás ahí?

El olor de las bolas de naftalina inundó el ambiente. Gwynnie cerró la puerta del armario de golpe.

—¿Keith? ¡No seas tímido, Keith! —llamó.

Echamos una ojeada detrás de la caldera. Ahí no había nadie escondido.

—El cuarto de la lavadora es el único sitio donde no hemos mirado —le dije.

—Seguro que se esconde en la secadora —bromeó Gwynnie.

Sabía que no me estaba tomando en serio, pero no me importaba. Me alegraba que estuviera allí abajo conmigo. Yo nunca me hubiera atrevido a registrarlo solo.

La seguí hacia el cuarto de la lavadora, situado junto a la pared.

Estábamos a mitad de camino cuando se detuvo de forma

repentina.

—¡Oh, vaya! —exclamó—. ¡Ahí está! ¡Lo estoy viendo!

18

—¿Eh? —El corazón me dio un vuelco. Solté un grito ahogado y me volví rápidamente.

Entonces vi el maniquí de ropa vieja de mi madre.

Gwynnie se echó a reír.

—Vaya, ha sido un pequeño error.

Me temblaba todo el cuerpo.

—¡No tiene ninguna gracia! —conseguí decir. Intenté asestarle un golpe cariñoso pero me esquivó sin dejar de reír.

—Marco, ríndete —dijo, negando con la cabeza—. Ya sé que intentas asustarme con esta historia de Keith, pero no lo has conseguido. Sé perfectamente que aquí abajo no hay nadie.

—Pero… pero… pero —farfullé—. ¿Me estás diciendo que no me has creído ni un solo momento?

—Por supuesto que no —respondió Gwynnie—. ¿Quién iba a creerse una historia como ésa?

—¿Y tú has pensado que intentaba vengarme de ti por lo del golpe en la cabeza? —pregunté con voz aguda.

Ella asintió.

—Lo que quieres es ir mañana a la escuela y contar a todo el mundo lo mucho que me asustaste —me acusó Gwynnie.

—No. Estás equivocada. Escúchame… —supliqué.

—Ni hablar —me interrumpió. Se volvió y se encaminó hacia la escalera.

—¡Gwynnie, escucha! —rogué, yendo detrás de ella.

Se detuvo al pie de la escalera y se volvió hacia mí.

—No conseguirás asustarme, Marco —afirmó. La luz del hueco de la escalera le iluminaba los ojos. En su rostro se dibujaba una extraña sonrisa.

»No conseguirás asustarme —repitió—. Te demostraré por qué.

—¿Cómo dices? —No entendía qué quería decirme—. Si me creyeras un poco…

—Voy a enseñarte algo —declaró Gwynnie.

Colocó ambas manos en la barandilla de madera. Acto seguido, abrió la boca. Mucho.

Mucho más.

Y la abrió, y la abrió más… hasta que el resto de la cara le desapareció tras la boca abierta.

La lengua le caía pesadamente sobre la barbilla.

Entonces un líquido rosado empezó a brotar de la abertura.

De su boca abierta surgió una sustancia rosada y húmeda, que iba multiplicándose a medida que brotaba.

Al comienzo pensé que tenía un montón de chicles en la boca, pero a medida que la masa rosada surgía de su garganta, abría la boca todavía más y la cabeza le desaparecía detrás de aquélla.

En aquel momento caí en la cuenta…

Caí en la cuenta de que no estaba viendo un chicle.

¡Estaba viendo las tripas de Gwynnie!

Vi unos órganos amarillos adheridos a la carne rosada y brillante. Algo largo y gris surgió retorcido de su boca, envuelto en sí mismo.

Los pulmones de color violeta oscuro le resbalaron por la lengua extendida.

Luego le salió el corazón rojo, tan rojo, tan sorprendentemente rojo por la boca abierta, latiendo, latiendo de forma regular, latiendo envuelto en una humedad sanguinolenta.

—¡Ooooohhhh! —proferí un largo gemido cié terror.

Pero no podía huir. Me veía incapaz de apartar los ojos de Gwynnie mientras le salían las tripas por la boca.

Me quedé allí parado. Observaba sorprendido, paralizado y horrorizado, observaba los órganos latientes adheridos a la carne rosada y supurante.

Permanecí ahí contemplando a Gwynnie hasta que hubo sacado

todas sus entrañas.

Entonces abrí la boca para proferir un grito interminable.

19

Mi grito se convirtió en el sonido de una estridente sirena.

Gwynnie, la Gwynnie con las tripas fuera, temblaba delante de mí, temblaba y latía.

El sonido de mi chillido pareció hacerla temblar más; ahora temblaba como una masa de gelatina rosa y amarilla.

Mientras gritaba fuimos rodeados por una luz blanca. Era tan brillante que seguí percibiéndola aun cerrando los ojos.

Era de un color blanco inmaculado, un blanco cegador.

Mi grito atravesó la blancura. Gwynnie se desvaneció en el interior de ésta. El sótano también se desvaneció.

Me hundí en la blancura, en el quejido agudo de mi propio grito.

En cuanto abrí los ojos, levanté la mirada hacia el techo blanco. Una lámpara de techo blanca. Cortinas blancas en una ventana medio abierta por la que se entreveían unos nubarrones.

Me dolía la garganta y dejé de gritar.

Parpadeé para que mis ojos se acostumbraran de nuevo a tanta luz. Entonces advertí el rostro de mi madre.

—¿Marco? ¿Te has despertado ya? —preguntó con ternura.

El maquillaje se le había corrido. Tenía los ojos inyectados de sangre. Vi el rastro de las lágrimas en sus mejillas pálidas.

—¿Despertado? —farfullé con voz ronca y somnolienta.

—Te pondrás bien —dijo mamá, al tiempo que me daba un golpecito en el pecho por encima de la manta.

Eché un vistazo a mi alrededor. Estaba tumbado boca arriba en una cama. En una habitación pequeña, una habitación de hospital.

—Te has dado un buen golpe en la cabeza, Marco —explicó mamá—. La ambulancia te ha traído aquí rápidamente, al hospital. Has estado inconsciente casi una hora.

—¿Cómo? ¿Que he estado inconsciente? —susurré—. ¿Dormido?

Mamá asintió.

—Estaba en el sótano —protesté—. Gwynnie y yo estábamos buscando al chico.

Mamá adoptó una expresión temerosa. La barbilla empezó a temblarle.

—¿El chico? ¿Qué chico?

—Keith —respondí—. El muchacho que dice que vive en el sótano.

—Marco, estabas soñando —dijo mamá.

—Ha… ha sido espantoso —exhalé un suspiro.

—Eso es del golpe que te has dado —explicó mamá—. Te has quedado frío. Eso te habrá producido unas pesadillas terribles.

—¿ Quieres decir que todavía no he estado en casa? —pregunté extrañado—. ¿No he ido a la escuela?

Mamá me miró atentamente, me escudriñó el rostro.

—No, has estado en esta cama de hospital desde que te golpearon.

Negó con la cabeza.

—Te lo advertí, Marco. Te dije que no jugaras al béisbol. Sabía que ocurriría una cosa así.

Siguió hablando pero yo dejé de escucharla.

Estaba absorto en mis pensamientos y me sentí enormemente feliz.

Todo había sido un sueño. Keith viviendo en el sótano… El doctor Bailey queriendo extirparme el cerebro… Gwynnie sacando las tripas…

Todo había sido un sueño horrible y descabellado.

Nunca había ocurrido. Nada de todo aquello.

Y ahora había terminado. Y todo iba a salir bien.

Me sentía tan bien que quería saltar de la cama. Quería gritar de alegría.

Pero entonces miré por encima del hombro de mamá en dirección a la puerta.

¡Y vi a… Gwynnie!

—¡Noooo! —proferí un grito de terror.

Gwynnie era real. ¡Gwynnie estaba viva! ¡Y venía a por mí, se acercaba a mi cama con un brillo malicioso en los ojos!

20

Proferí un grito. Hice esfuerzos para levantarme pero las sábanas y la manta estaban bien metidas bajo el colchón.

No podía moverme.

—¡Mamá… deténla! —supliqué—. ¡Por favor, no permitas que me haga daño!

Gwynnie se colocó al lado de la cama con ojos encendidos. Mamá posó una mano en el hombro de Gwynnie.

—Marco, ¿qué sucede? —preguntó mamá—. ¿Por qué le tienes miedo a tu hermana?

«¿Hermana?»

—¡No! —protesté—. Ella agitó el bate y me golpeó en la cabeza. Y luego…

—¡Yo no fui! —se defendió Gwynnie—. ¡Yo no te golpeé! ¿Te has vuelto loco?

Mamá hizo que Gwynnie retrocediera algunos pasos.

—Gwynnie no lo hizo, Marco —afirmó mamá con ternura—. Gwynnie no estaba en el campo de juego. ¿No te acuerdas?

—Ese golpe en la cabeza le hace confundir las cosas —dijo Gwynnie. Me dedicó una mirada severa al tiempo que negaba con la cabeza—. ¿Recuerdas algo, Marco?

—Por supuesto —murmuré.

De repente me sentí mareado, como si el cerebro me diera vueltas dentro de la cabeza. Me sentía enormemente confundido.

No sabía qué era lo que recordaba y qué había olvidado.

—¿Cuánto son cuatro más cuatro? —preguntó Gwynnie.

—Gwynnie, no seas pesada —la reprendió mamá antes de dirigirse a mí—. Ahora te acuerdas de tu hermanita, ¿verdad, Marco?

«¿Hermanita?»

Gwynnie abultaba el doble que yo.

—Sí, la recuerdo —respondí. Puse los ojos en blanco—. ¿Cómo iba a olvidarla? Supongo que ese horrible sueño ha hecho que lo mezcle todo —expliqué—. En mi sueño no era mi hermana. Y agitaba el bate que…

—¡Tu amigo Jeremy fue quien agitó el bate! —afirmó Gwynnie —. ¿No recuerdas nada?

—¿Jeremy? —pregunté extrañado.

—Marco necesita algo de tiempo —le dijo mamá a Gwynnie—. Pero el doctor Bailey dice que se recuperará totalmente.

—Pero se quedará tonto —insistió Gwynnie.

Mamá exhaló un suspiro.

—¡Gwynnie! ¿Por qué dices eso?

Gwynnie soltó una risita nerviosa.

—¡Porque ya era tonto antes de que lo golpearan en la cabeza!

Emití un quejido. Quería saltar de la cama y propinarle un puñetazo a Gwynnie, pero la sábana me tenía aprisionado y me sentía demasiado débil.

Tenía la sensación que la cabeza iba a estallarme de un momento a otro. No dejaban de aparecérseme en la mente fragmentos de aquel sueño.

De nuevo vi a Gwynnie en el sótano, sacando las tripas. Contemplé sus órganos rosados y amarillos agitándose como una masa de gelatina.

También veía a Keith sentado en mi cama. ¡Tan tranquilo y relajado como si estuviese en su habitación!

—Mamá —dije, intentando ahuyentar aquellas imágenes extrañas y confusas de mi mente—. No hay ningún muchacho que se llame Keith, ¿verdad? Me refiero a que yo no conozco a ningún chico llamado Keith. No vive en nuestro sótano, ¿verdad?

—¡Por supuesto que sí! —afirmó Gwynnie.

21

—¿Qué? —La contemplé horrorizado.

Gwynnie esbozó una sonrisa burlona.

—¡El sótano está lleno de gente! —exclamó—. Docenas de personas. Se hacen llamar el «Club del sótano». Se quedan ahí hasta que nosotros nos marchamos. Y entonces suben a la casa y utilizan todas nuestras cosas.

Se echó a reír como si acabara de contar el chiste más gracioso del mundo.

—Deja de tomarle el pelo a tu hermano —le riñó mamá—. ¿Por qué te metes con él, Gwynnie? ¿No ves que lo ha pasado mal?

—Lo siento —se disculpó Gwynnie sin dejar de sonreír burlonamente.

—Está nerviosa —explicó mamá—. Estaba muy preocupada por ti, Marco. De verdad.

Apoyé la cabeza en la almohada.

—El sueño… parecía tan real —musité.

—Descansa un poco —sugirió mamá con ternura—. Necesitas tiempo para recuperarte de lo ocurrido.

Hizo un gesto a Gwynnie para que saliera de la habitación.

—Tu hermana y yo iremos a la sala de espera para que puedas dormir.

—Pero… ¿cuándo podré volver a casa? —pregunté.

—Pronto —me prometió mamá—. En cuanto el doctor Bailey lo crea conveniente. Ha dicho que si te encontrabas bien podías salir hoy mismo.

—¡Bien! —exclamé.

Deseaba salir de esa cama de hospital con todas mis fuerzas. Para empezar, las sábanas me tenían aprisionado y aparte sabía que en mi cama no volvería a tener esos sueños tan extraños e inquietantes.

—Hasta luego, Marco —dijo Gwynnie al salir por la puerta. Pero al cabo de un momento volvió a asomar la cabeza—. Una última pregunta. ¿Cuánto son cuatro más cuatro?

—¡Gwynnie! —Mamá obligó a Gwynnie a salir al pasillo.

—¡Nueve! —dije en voz alta.

Gwynnie se echó a reír.

—¡Vaya! ¡Has acertado!

Cuando me hube quedado solo, me quedé mirando la puerta durante un buen rato. Acto seguido, observé el techo unos minutos, contando los cuadrados blancos.

Me dolía mucho la cabeza pero había empezado a tranquilizarme. La habitación había dejado de darme vueltas. Cerré los ojos, y supongo que me quedé dormido. Poco después noté que alguien me daba un ligero golpecito en el hombro. Abrí los ojos y vi a un médico joven enfundado en una bata blanca mirándome fijamente.

—¿Marco? ¿Estás despierto? —me preguntó con voz queda—. Soy el doctor Bailey.

No guardaba ningún parecido con el doctor Bailey de mis sueños. Tenía el pelo rubio y ondulado y los ojos azul claro. Era joven y estaba bronceado. Parecía un actor, un médico de los que salen en la televisión, no un médico de los de verdad.

—¿Cómo te sientes? —inquirió en voz baja y susurrante—. ¿Estás un poco mareado? ¿Tienes dolor de cabeza?

—Un poco —respondí.

—Es normal —afirmó—. Deja que te examine, Marco. Creo que ya podrás irte a casa.

—Estoy bien —manifesté.

—Bueno, veamos… —dijo el doctor Bailey antes de inspeccionarme los ojos—. Parece que tienes bien los ojos. Es una buena señal. Abre la boca, por favor.

Abrí la boca. El doctor acercó la mano derecha y me agarró la

lengua. Empezó a tirar de ella.

—¡Eh! —Intenté protestar, pero no podía hablar.

Me agarró la lengua con más fuerza y tiró todavía más de ella.

«¡Pare! ¡Me está haciendo daño! Pero ¿qué hace?»

Eso es lo que quería gritar.

Sin embargo, lo único que pude articular fue un «¿aaahhhh?» ahogado.

El doctor Bailey me tiraba de la lengua con fuerza. Me salía de la boca como si fuera una salchicha.

Forcejeé para evitar que siguiera tirando, pero él tenía una mano apoyada en mi pecho mientras me tiraba de la lengua con la otra.

Tiraba y tiraba…

La lengua me medía ya casi un metro. Me caía por el lado de la cama. Y él iba sacando más lengua, más y más… Metro tras metro. Mi lengua, húmeda y rosada, se iba enrollando en el suelo.

Eché la cabeza hacia atrás con fuerza e hice esfuerzos para recobrar el aliento.

Mientras tanto, el médico extraía más lengua de mi boca abierta. Más lengua. Más…

La lengua quedaba amontonada en el suelo como una interminable serpiente húmeda junto a la cama.

Murmurando para sus adentros, el doctor Bailey siguió tirando.

«Es un sueño —me dije—. Otra terrible pesadilla.»

Cerré los ojos con todas mis fuerzas e intenté obligarme a despertarme, a salir de ese oscuro sueño.

«¡Despierta, Marco! ¡Despierta! ¡Despierta!»

Pero cuando abrí los ojos, el médico continuaba encorvado sobre mí, tirándome de la lengua. Tirando… tirando…

No era un sueño.

22

Entonces me desperté y observé los cuadrados blancos del techo.

Me incorporé apoyándome sobre los codos. Tenía la frente empapada de sudor. Parecía que iba a estallarme la cabeza.

—¿Doctor Bailey…? —farfullé.

No estaba.

Parpadeé en un intento de superar la confusión que me abrumaba y eché un vistazo a mi alrededor. Las cortinas blancas ondeaban sobre la ventana medio abierta. En la pared del fondo había una cama vacía.

Estaba completamente solo.

No había nadie más en la habitación del hospital.

Bajé la mirada al suelo esperando ver la espiral rosa que había formado mi lengua.

No. El suelo estaba limpio. Moví la lengua en el interior de la boca. Tenía un tamaño normal.

Exhalé un prolongado suspiro de alivio.

«Estoy bien —pensé—. Y estoy despierto. Por fin estoy despierto.»

Se acabaron las pesadillas.

Oí unos pasos sonoros en el pasillo. Me volví hacia la puerta a tiempo de ver que un gigante entraba en la habitación.

El hombre me sonrió y se frotó la poblada barba negra. ¡Por lo menos medía dos metros! Bajó la cabeza para traspasar el umbral de la puerta. Tenía una buena mata de cabello negro y unas gruesas cejas negras que parecían orugas flotando encima de sus gafas.

Llevaba una bata blanca holgada. Al andar, el estetoscopio le rebotaba en el ancho pecho.

—¿Te encuentras un poco mejor, Marco? —preguntó—. Soy el doctor Bailey.

—Eh… ¿es usted el verdadero doctor Bailey? —espeté.

Frunció las pobladas cejas.

—¿A qué te refieres?

—Pues… —empecé a decir—. El otro doctor Bailey… Quiero decir… el doctor Bailey de mi sueño…

Se sentó al borde de la cama. El colchón se hundió bajo su peso. Me observó fijamente un buen rato.

—Sí, sí… esos sueños tuyos me tienen un poco preocupado —declaró.

Me colocó el extremo del estetoscopio en el pecho y me auscultó unos segundos.

—Las pulsaciones son normales —informó. Acto seguido, frunció el ceño—. Tu madre y tu hermana están en la cafetería del hospital. Subirán enseguida. Me han hablado de tus sueños —dijo con voz queda—. Tu madre me ha dicho que estabas un poco confundido a consecuencia de ellos, y asustado.

Asentí.

—Eran horribles. Y parecían tan reales… Los colores eran muy vivos. Además… —No sabía qué más decir.

El doctor Bailey asintió.

—Quiero que pases una noche más en el hospital, Marco —afirmó mientras se guardaba el estetoscopio—. Las radiografías han salido bien. No se aprecian daños en el cráneo. Tienes contusiones pero no tendrás problemas de cicatrización.

—Fantástico —interrumpí.

El asintió de nuevo.

—Sí, pero estoy un poco preocupado por esos sueños extraños.

—¿Entonces me tengo que quedar aquí una noche más? —pregunté decepcionado.

Se puso en pie. Al estar tan cerca de mí parecía un gigante de tres metros.

—Sí, una noche más —respondió al tiempo que tomaba notas en un bloc—. Mañana por la mañana te examinaré y estoy seguro de

que ya podrás marcharte.

—Gracias, doctor —dije con un hilo de voz. No podía disimular lo disgustado que estaba. Deseaba con todas mis fuerzas salir del hospital.

El médico se volvió hacia mí al llegar a la puerta.

—Oh, casi se me olvida —dijo con un movimiento de cabeza.

Extrajo un sobre cuadrado del bolsillo de la bata.

—Ha llegado para ti, Marco, hace unos minutos, mientras tu madre y tu hermana estaban abajo. Casi me olvido de dártelo. —Me entregó el sobre—. Descansa —me aconsejó—. Haré lo que esté en mi mano para que mañana te den el alta.

Le reiteré mi agradecimiento. Le observé bajando la cabeza para salir por la puerta. A continuación examiné el sobre. Decía «Para Marco» en el exterior, con una letra que no reconocí.

Abrí el sobre y extraje una nota. Estaba escrita con una letra pequeña y descuidada. Entrecerré los ojos para verla bien y leí:

Querido Marco:

Apresúrate a volver a casa. Ya es hora de que empieces a cuidar de mí.

Te espero en el sótano.

Keith

23

Al cabo de unos minutos, mamá y Gwynnie entraron en la habitación.

—Te hemos traído un capricho —me anunció Gwynnie. Me dio una chocolatina Milky Way, mi preferida.

—La enfermera ha dicho que puedes comer lo que te apetezca —dijo mamá. Se acercó a la cama—. ¿Te ha visto el doctor? ¿Qué te ha dicho?

—Me ha dicho que seguramente podré ir a casa mañana —informé—. Pero mamá…

Me miró con fijeza.

—¿No vas a comerte la chocolatina? —preguntó Gwynnie.

—Más tarde —respondí con brusquedad.

—¡Pero si es tu preferida! —insistió Gwynnie.

Yo sabía lo que quería. ¡Quería un mordisco!

Pasé por alto sus comentarios y levanté la mirada hacia mi madre.

—Mamá, el doctor Bailey me ha dado esta carta. No sé de dónde ha salido. Es de ese chico llamado Keith, ya sabes, el del sueño. Pero eso es imposible. ¿Cómo…?

—¿Qué carta? —interrumpió mamá—. Enséñamela, Marco. Déjamela leer.

Hice ademán de tomar la carta. La había dejado encima de la manta.

No, no estaba ahí.

La busqué a tientas por encima de la cama.

No.

Me levanté y seguí buscando. ¿Se había caído al suelo?

No. No estaba en el suelo.

Levanté la almohada y miré debajo. Levanté la sábana y la manta y busqué bajo el colchón.

—Qué extraño —murmuré, negando con la cabeza—. La he tenido en la mano. La acabo de dejar aquí encima hace un minuto.

Mamá y Gwynnie se miraron la una a la otra.

—¡De verdad! —protesté.

—Quizá debas guardar cama —dijo mamá—. No creo que al doctor Bailey le parezca una buena idea que estés levantado.

—Pero tengo que encontrar esa carta —insistí.

—Se te está derritiendo la chocolatina —dijo Gwynnie.

—¡La chocolatina me importa un bledo! —exclamé—. He recibido una carta de ese muchacho que dice que vive en nuestro sótano. ¡Y quiero demostrároslo!

—Deja de gritar, Marco —me regañó mamá—. Estás confuso, necesitas descansar.

—Pero… pero… —farfullé.

Dirigí la mirada a la puerta justo cuando el doctor Bailey asomaba la cabeza.

—¡Bueno, bueno! —dijo sonriente—. Marco, ¿ya te has levantado? ¿Te sientes con fuerzas?

—Doctor Bailey, ¡dígaselo! —grité—. Me acaba de traer una carta, ¿verdad? Cuénteles lo de la carta que me ha traído.

El doctor Bailey levantó extrañado las espesas cejas negras.

—¿Una carta? —preguntó—. ¿Qué carta?

24

Aquella noche intenté no conciliar el sueño. No quería más pesadillas. No quería volver a ver a ese tal Keith. Y no quería ver a mi hermana o a cualquier otra persona sacando las tripas.

Mantuve los ojos bien abiertos y observé el cielo grisáceo al otro lado de la ventana. Escuché el movimiento del hospital fuera de mi habitación.

Sin embargo, me quedé dormido. Dormí profundamente, sin soñar nada.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, mamá y Gwynnie ya estaban en la habitación. Mamá estaba recogiendo mis pertenencias.

Emití un quejido y me incorporé apoyando un codo.

—Despierta, Bello Durmiente —dijo mamá alegremente—. El doctor Bailey dice que ya puedes irte a casa.

—¡Bravo! —exclamé con voz un tanto adormecida. Me dolía la cabeza. Me llevé la mano al vendaje.

—No te lo toques —advirtió mamá—. Es normal que todavía te duela un poco.

Bajé las piernas al suelo. Me sentía un tanto mareado pero me puse en pie.

—El doctor Bailey dice que puedes volver a la escuela en cuanto te veas con fuerzas —dijo mamá,

—¡Qué suerte tienes! —exclamó Gwynnie—. Te has perdido todos los exámenes… y una reunión de lo más aburrida con música de gaita.

—Vístete —ordenó mamá.

No tuvo que decírmelo dos veces. Me vestí rápidamente.

Estaba tan contento de poder volver a casa que tenía ganas de cantar y bailar. ¡Incluso le di un abrazo a Gwynnie por primera vez en mi vida!

—Siento haber soñado que no eras mi hermana —le dije.

—¡Puaj! No vuelvas a abrazarme —respondió Gwynnie haciendo una mueca—. Me das miedo, Marco. ¡Mejor que empieces a comportarte como una persona normal!

—No te preocupes —le dije—. En cuanto vuelva a casa seré la persona más normal del mundo.

Y lo decía en serio.

Cuando llegamos a casa besé la puerta de entrada. ¡Qué contento estaba! Sólo había estado fuera dos días pero me habían parecido dos años.

Mamá se puso manos a la obra en la cocina. Hizo una pizza casera. Mi plato preferido. Mamá pone montones de queso en la pizza y trozos de salchicha de Frankfurt en vez de salchichón.

Suele preparar pizzas sólo los fines de semana, pero aquél era un día especial, un día para celebrar.

Jeremy pasó a visitarme por la tarde. Se disculpó por haberme golpeado en la cabeza con el bate.

Le dije que ni siquiera recordaba cómo había ocurrido

—Yo tampoco estoy muy seguro —respondió Jeremy—. Estabas detrás de mí y no te vi. Me tocaba batear. Agité el bate para practicar y… bum.

Me esforcé por recordar pero me resultaba imposible.

—Lo siento mucho, Marco —volvió a disculparse Jeremy.

—No fue culpa tuya —le dije—. No te lo eches en cara.

—A lo mejor le sirve para que deje de ser tan tonto —interrumpió Gwynnie desde la puerta del estudio.

—¡Largo de aquí, Gwynnie! —grité—. ¿Qué estás haciendo en el pasillo? ¿Nos estás espiando?

—¿Por qué iba a espiaros? —espetó—. ¡Sois demasiado aburridos!

Creo que a Gwynnie le gusta Jeremy. Siempre está dándoselas de interesante cuando lo ve.

—Mamá ha alquilado unas películas. Ahora vamos a ver una —

le dije—. ¿Vas a verla con nosotros?

—¡Qué aburrimiento! —respondió. Pero de todas formas se dejó caer en el sofá. Se cruzó de brazos—. ¿Qué película?

Le enseñé una película de Indiana Jones que había visto unas diez veces.

—Esta está bien —afirmé—. Podemos verla una vez más.

Mamá no suele dejarnos ver películas a primera hora de la tarde, dice que es malo para la vista.

Pero aquél era un día especial.

Pizza casera y una película de Indiana Jones. Es difícil tener un plan mejor, ¿no?

Los tres nos sentamos en el estudio y nos pusimos a ver la película, comiendo porción tras porción. Mamá no paró de interrumpir a cada momento para preguntarme qué tal estaba.

Le respondí lo mismo cada vez:

—Bien.

No obstante, hacia el final de la película me empezó a doler la cabeza. Me sentía fatigado y un poco tembloroso.

Decidí que era mejor que hiciera la siesta. Me despedí de Jeremy y le dije que le llamaría más tarde para repasar los deberes. Acto seguido, subí a mi habitación.

Con un suspiro de cansancio me senté en la cama y me quité las zapatillas. Retiré la ropa de cama.

Estaba a punto de acostarme, pero de repente tuve la extraña sensación de que me estaban observando.

Me aparté de la cama y vi a un muchacho apoyado en el umbral de la puerta.

—¿Jeremy? —llamé.

No. Cuando entró en la habitación lo reconocí.

Era Keith.

25

Parpadeé una vez.

Otra vez, para ver si desaparecía.

Pero cruzó la habitación con paso firme, despacio, con sus ojos oscuros clavados en mí.

—¡Ni hablar! —exclamé, poniéndome en pie de un salto—. ¡No puedes estar aquí! ¡No eras más que una aparición en mi sueño!

—Lo sé —repuso con tranquilidad.

—¡Apareciste en mi sueño! —exclamé—. ¡Y ahora estoy despierto! ¡Ahora estoy despierto!

Me pellizqué el brazo. Me rasqué la mejilla.

—¡Ay! —Me hice daño.

Estaba despierto. Perfectamente despierto. No estaba soñando.

—¡No puedes estar aquí, Keith! —repetí. Me flaqueaban las piernas y me temblaba todo el cuerpo—. Es imposible que estés aquí. Ahora estoy despierto. ¡Y tú no existes!

Keith se detuvo a unos pasos de mí.

—Y tanto que existo —contestó. Desplegó una amplia sonrisa. Sus ojos oscuros centelleaban—. Vivo en el sótano, Marco. Ya lo sabes. Ya te lo he dicho otras veces.

—Pero… pero… —farfullé—. No eres real. ¡Sólo aparecías en mis sueños!

Sin dejar de sonreír, Keith negó con la cabeza.

—Soy real. Tócame. —Extendió el brazo.

Yo vacilé pero alargué la mano lentamente… lentamente… y le apreté la mano.

—¡Vaya! —Di un salto hacia atrás. ¡Era real!

Se echó a reír.

—Te lo dije.

—Pero en mis sueños… —empecé a decir.

—He utilizado tus sueños —explicó Keith—. Me he comunicado contigo en sueños. Me he introducido en ellos.

—¿P-por qué? —tartamudeé.

Su sonrisa se desvaneció.

—Quería que supieras que estaba ahí, esperándote.

No me gustaba la expresión cruel de su rostro. No me gustaba su forma de hablar.

Estaba asustado.

De repente me di cuenta de que quería asustarme.

El corazón me palpitaba en el pecho y la herida de la cabeza empezó a dolerme.

Retrocedí un paso. Choqué con el borde del colchón y caí de espaldas sobre la cama.

Keith se colocó rápidamente delante de mí, bloqueándome el paso, impidiendo que me levantara.

—He estado esperándote, Marco —repitió mirándome con frialdad y dureza—. Porque vas a cuidar de mí durante el resto de tu vida.

—¡No! —exclamé.

Me hice a un lado e intenté levantarme de un salto.

Pero él era más veloz que yo. Actuó con rapidez para bloquearme el paso.

Levanté la mirada hacia él asustado.

—¡No! ¡Ni hablar! —repetí con voz aguda.

—Vas a hacer lo que yo te diga, Marco —insistió Keith. Se inclinó hacia mí con expresión amenazadora.

—¡Vete! ¡No tienes nada que hacer aquí! ¡Me estás asustando! —estallé.

—¡Vete acostumbrando! —dijo entre dientes. Se inclinó todavía más y se colocó tan cerca que su rostro casi rozaba el mío—. Vete acostumbrando, Marco —repitió—. No tienes elección. Estoy aquí. Vivo en el sótano. Ahora tienes que cuidarme. Tienes que ocuparte de todas mis necesidades.

—¡Noooo! —proferí una exclamación de horror.

Con un movimiento rápido, conseguí escabullirme de su dominio.

Caí al suelo de rodillas. Pasé como pude junto a él y me puse en pie de un salto.

Se dio media vuelta rápidamente y percibí la ira en sus ojos oscuros. Profirió un fiero aullido.

—¿Adónde vas, Marco? —inquirió.

No esperó respuesta.

Se abalanzó sobre mí como un ave de presa.

Esquivé su ataque y me dirigí tambaleante a la mesa de escritorio.

Ojalá pudiera llegar a la puerta.

Pero se agachó en el centro de la habitación, jadeando como un animal salvaje, con una expresión feroz.

Me bloqueaba el paso.

Emitiendo otro rugido volvió a avanzar hacia mí.

Miré a mi alrededor, buscando una forma de escapar.

Busqué un arma, algo para mantenerlo alejado.

—No puedes librarte de mí, Marco —gritó—. ¡Vas a cuidar de mí, para siempre!

Volvió a abalanzarse sobre mí.

Me apoyé en la mesa. Agarré con fuerza un pisapapeles. Era un gran búho de piedra que Gwynnie me había regalado para mi último cumpleaños.

Cuando Keith saltó, blandí el pisapapeles que tenía en la mano y lo golpeé en la cabeza.

Los ojos oscuros parecieron salírsele de las órbitas, y abrió la boca pero no articuló palabra: cayó al suelo como un peso muerto y se quedó inmóvil.

—¿Keith…? —dije en voz baja y temblorosa—. ¿Keith?

No se movió. Tenía la mirada perdida en el techo.

—¿Keith?

Dejé caer el pisapapeles al suelo y me arrodillé junto al cuerpo inmóvil.

—¿Keith? ¿Keith? ¡Oh, no! —gimoteé—. ¿Qué he hecho?

26

—¿Keith?

Lo zarandeé por los hombros. La cabeza le rebotó en la alfombra. Me miraba con ojos vidriosos, sin parpadear.

—¡Noooo! —proferí otro quejido terrorífico antes de ponerme en pie de un salto.

La habitación me daba vueltas en la cabeza. El suelo se inclinaba y giraba. La cabeza estaba a punto de estallarme.

Conseguí llegar a la puerta con la intención de pedirle ayuda a mi madre.

Pero me volví justo antes de cruzar el umbral.

Y vi que Keith empezaba a cambiar.

—¿Eh? —solté un grito ahogado y lo contemplé horrorizado y conmocionado.

Sus facciones, los ojos, la nariz, la boca, se difuminaron en la piel de su rostro. La cabeza le bajó al cuello.

Como si fuera una tortuga introduciéndose en el caparazón, la cabeza de Keith le desapareció en el interior de los hombros. Los brazos y las piernas se le fusionaron en el tronco.

Su ropa se desvaneció.

La piel de su cuerpo brillaba con luz trémula y adoptó una apariencia lechosa, como la piel de un caracol o una babosa.

Mientras yo lo observaba boquiabierto, el cuerpo empezó a retorcerse por la alfombra. Era como si fuera dando coletazos en dirección a mí.

Di un grito ahogado al ver el denso rastro de baba amarillenta

que dejaba tras de sí en la alfombra.

Y entonces, antes de ser capaz de mover mis temblorosas piernas, la criatura húmeda y esponjosa se levantó.

Se estiró…

Y me rodeó por la cintura.

—¡Agh! —proferí un gemido de asco. Su olor amargo me inundaba, me asfixiaba. Su carne húmeda y viscosa me rodeó todavía con más fuerza.

Abrí la boca para pedir ayuda. Pero me cortó el aire. El olor… nauseabundo y fuerte iba apoderándose de mí como un gas venenoso.

Intenté apartar a la criatura de una patada, pero las zapatillas se me hundieron en esa masa blanda y pegajosa.

La golpeé con ambos puños y traté de embestirla con la cabeza. Los puños se me hundieron en la masa gelatinosa y desaparecieron en el interior de la criatura. Era como forcejear con una esponja viscosa y pegajosa.

Traté de combatirla, de echarla hacia atrás. Hacia atrás… Pero la gelatina hedionda no hacía más que extenderse.

Se extendía sobre mí, sobre mi cara, caliente y pegajosa, palpitando.

Me envolvió la cabeza. Me cubrió la cara, la nariz. La baba caliente y pegajosa me subió por los orificios nasales.

¡Me di cuenta de que no podía respirar!

¡Iba a asfixiarme dentro de aquella masa!

27

Sabía que no disponía de demasiado tiempo para liberarme. Haciendo acopio de todas mis fuerzas, eché la cabeza hacia atrás.

Pero la masa gelatinosa se movió conmigo. Se me adhirió todavía más a la cara. Noté que aquella sustancia pegajosa se me introducía en la nariz y en la boca.

Tenía que buscar ayuda, pero ¿cómo?

Di un traspiés hacia delante. ¿Podía andar? ¿Podía arrastrar a la criatura esponjosa y envolvente conmigo?

¡Ojalá pudiera bajar a la planta donde estaban los demás!

Con el corazón latiéndome a toda velocidad, hice un esfuerzo enorme por dar un paso adelante.

Di topetazos contra la pesada masa, empujé, clavé las rodillas en su carne en un intento por moverme.

¡Sí! Di un paso y luego otro.

¿Había cruzado el umbral de la puerta de la habitación?

Miré a través de la piel lechosa de la criatura. Miré a través de su cuerpo grueso.

La casa se me apareció como una imagen borrosa al otro lado.

No podía respirar. Me empezó a arder el pecho. Ya no podía contener la respiración durante más tiempo.

¡Tenía que escapar!

Seguí empujando, obligándome a caminar hacia delante… a dar otro paso… Llegué al pasillo envuelto en aquella criatura.

Sí. Sí. Cada paso que daba me acercaba más a mi liberación. Sí…

Entonces, de repente, se me elevaron los pies del suelo. Perdí el equilibrio y caí hacia delante.

¡Me caí! ¡Me caí por la escalera!

La criatura pegajosa iba rebotando debajo de mí, me hacía de cojín.

Bajamos toda la escalera de esta forma. Al llegar abajo rebotamos juntos.

Entonces sentí que mi cabeza se liberaba de la masa gelatinosa.

Tomé una bocanada de aire. Me supo fresca y dulce. Tenía la sensación de que los pulmones iban a explotarme.

Inspiré de nuevo con fuerza.

Pero entonces la masa me cubrió otra vez la cara. Intenté deshacerme de ella, pero se me adhirió al cuerpo. Volvió a envolverme sin que yo pudiera hacer nada para evitarlo.

Reboté hacia delante desde la pared hasta que llegué a la cocina.

«Mamá, ¿dónde estás?» Esa era mi pregunta desesperada.

«Mamá, ¿estás en casa? ¿No me oyes?»

La criatura estaba pegada a mi cara, a mi pecho. Su hedor me envolvía. Me inundó una sensación de mareo que me hizo caer de rodillas.

¡No!

Hice un esfuerzo enorme para ponerme en pie, soportando el peso de la criatura esponjosa y húmeda. Estaba en la cocina, mirando a través de su cuerpo vidrioso.

Me encaramé a la encimera de la cocina e hice que chocara contra el borde afilado.

Retrocedí y volví a empujar hacia delante con la máxima potencia.

¡BAM!

Empujé a la criatura gelatinosa contra el borde de la encimera. Una y otra vez.

Empujé con todas mis fuerzas. Retrocedía y empujaba sin parar.

¡BAM! ¡BAM!

Su cuerpo emitía un agudo sonido fangoso con cada golpe.

Pero seguía adherido a mí, a mi cara, quitándome la respiración. Se pegó a mí hasta que noté que me fallaban las fuerzas.

Otro intento. Otro golpe más contra la encimera. Me abalancé

hacia delante con todas mis fuerzas.

Oí un sonoro ¡PAF!

Para mi sorpresa, aquella masa esponjosa se me despegó de la cara.

Cayó de mi pecho y se desplomó en el suelo emitiendo un estruendoso PLOF.

Empecé a jadear, a inspirar aire con tal fuerza que me dolía el pecho. Entonces bajé la mirada.

Vi dos de esas criaturas pegajosas.

La había partido en dos.

Las dos mitades húmedas palpitaban en el linóleo de la cocina. Daban botes inútiles como dos insectos gordos colocados boca arriba.

—Mamá… —dije con un hilo de voz—. Mamá —.No emití ningún sonido más. Era incapaz de articular palabra.

Me llevé los dedos a la garganta y extraje un buen pedazo de masa gelatinosa. Haciendo arcadas conseguí llegar al fregadero.

—¡Mamá!

¿Dónde estaba?

Oí una voz en algún lugar de la casa. ¿Procedía del estudio?

—¡Mamá!

¿Estaría hablando por teléfono?

¿No había oído los golpes contra la encimera? ¿No había oído que la llamaba?

—¡Mamá!

Me dirigí hacia la puerta con paso tambaleante.

Pero sólo di un paso.

Antes de que pudiera avanzar más noté que algo se me agarraba a los pantalones vaqueros.

—¡Ohh! —Bajé la mirada y vi que las dos mitades de la criatura pegajosa me estaban rodeando.

Di una patada en el aire con una pierna y luego con la otra. Pero seguían agarradas a mí e iban extendiéndose.

Ahora eran dos. Extendían sus cuerpos calientes y viscosos por mis vaqueros, hasta que me llegaron a la camisa.

Las agarré con ambas manos y tiré.

Pero las manos me resbalaron de la carne húmeda y brillante.

—¡Mamá! ¡Gwynnie! ¡Que alguien me ayude!

Me rodearon la cara. Las dos criaturas, ahora eran dos.

Tenían un peso considerable.

Caí de rodillas y luego hacia atrás.

Pesaban tanto que las dos me habían inmovilizado.

Se derritieron mientras intentaba quitármelas de encima a patadas y blandiendo los puños. Se fundieron en una.

Se esparcieron a mi alrededor, presionándome con fuerza hasta que quedé atrapado en su interior.

No me quedaba aire… estaba quedándome sin aire.

Entonces, mientras contemplaba el mundo exterior a través de la masa viscosa vi que algo se movía en la cocina.

Alguien se movía con rapidez. Lo veía como una mancha de color.

¿Mamá?

¿Había llegado a tiempo?

¿Podría liberarme de aquella criatura nauseabunda?

Levanté la mirada hacia ella desde el interior de aquel cuerpo grueso y lechoso.

«Date prisa, mamá. No puedo respirar. ¿No me ves aquí, atrapado en esta masa? Apresúrate.»

Agucé la vista y me di cuenta de que se acercaba corriendo a la criatura. Vi que la miraba y que se llevaba las manos a la cara.

«¡Sácame de aquí, mamá! —grité en silencio—. ¡Sácame de aquí enseguida!», supliqué.

Pero no.

Se quedó allí de pie.

Estaba allí parada contemplando las últimas bocanadas de aire que salían de mis pulmones.

28

—Levántate, Marco —me ordenó mamá. Bajó las manos y las apoyó en la cintura—. Levántate, Marco —repitió con severidad—. ¿Qué haces en el suelo?

—¿Eh? —dije a duras penas—. ¡Mamá… ayúdame! ¡Estoy atrapado dentro de esta cosa! ¡No puedo respirar!

Me miró mientras fruncía el cejo y negaba con la cabeza.

—Marco, no es el momento más adecuado para decir tonterías. ¿Quieres hacer el favor de levantarte del suelo?

¿Tonterías?

—¿Es que no te das cuenta? —grité—. La cabeza de Keith ha desaparecido y se ha transformado en esta sustancia viscosa. Intenté escaparme pero me tragó y…

Mamá se volvió y se dirigió hacia el fregadero. Oí el ruido del agua.

—¿Mamá…?

—Me preocupas, Marco —dijo mamá en voz baja—. No te comportas de forma normal. Venga, levántate. ¡No me gusta que te revuelques por el suelo como si fueras un niño pequeño!

Me senté y miré a mi alrededor.

—¡Vaya! —grité.

No había ninguna criatura viscosa.

Toqué el suelo con las dos manos. Estaba seco.

«¡Estoy soñando de nuevo!», me dije.

La sustancia viscosa no existía. La lucha que habíamos tenido en la escalera no había ocurrido. Se trataba de otro sueño

desagradable.

«No estoy sentado en el suelo de la cocina. Estoy durmiendo en la cama y soñando todo esto», pensé.

«Y ahora me voy a despertar y a acabar con esta pesadilla.

»Despierta.

»Despierta, Marco», me ordené.

Me incorporé. Mamá estaba junto al fregadero, bebiendo un vaso de agua.

«¡Despierta, Marco!»

Si era un sueño, ¿por qué no podía escapar del mismo?

Me volví… y me golpeé en la frente con un armario de cocina.

—¡Ayyyy! —El dolor me estalló en la cabeza y me bajó por la nuca y la espalda.

—No estoy soñando —murmuré en voz alta.

Mamá se volvió.

—¿Qué has dicho?

—Que no estoy soñando —repetí, sintiéndome un tanto mareado.

—Por lo menos te has levantado —replicó mamá. Me miró detenidamente—. ¿Te duele la cabeza, Marco?

Sí. Me dolía porque me había dado un golpe con el armario. Sin embargo, lo negué.

—No, estoy bien, mamá.

Salí corriendo de la cocina. Tenía que pensar. Tenía que estar solo y reflexionar sobre todo lo ocurrido.

—¡Marco…! —gritó mamá.

Pero no regresé a la cocina. Subí la escalera y fui a mi habitación. Cerré de un portazo.

—Marco, tómatelo con calma —dijo una voz.

Dejé escapar un grito y miré hacia la cama. Keith estaba sentado sobre la manta con las piernas cruzadas y tenía la almohada entre las manos.

—Siéntate —dijo al tiempo que me indicaba la silla del ordenador—. Respira profundamente. Relájate. Vamos a pasar juntos mucho tiempo. El resto de tu vida.

29

—¿Estoy soñando? —pregunté casi sin voz.

Keith no respondió. Me señaló la silla.

—Siéntate —me ordenó.

Miré la puerta y pensé en escaparme.

Pero, de repente, me sentí muy cansado y débil.

Las piernas me comenzaron a flaquear. Me temblaba todo el cuerpo.

—Estoy taaaan cansado —me quejé. Me volví hacia Keith—. Has ganado —murmuré—. Me has derrotado.

Sonrió y me indicó de nuevo que me sentara.

Me desplomé en la silla suspirando.

—No puedo luchar contra ti —le dije cansinamente—. No sé si estoy despierto o soñando. Y no tengo fuerzas para averiguarlo.

Esbozó una sonrisa más grande aún. Yo supuse que era una sonrisa victoriosa. Sus ojos centelleaban.

—Has ganado —repetí—. Haré lo que quieras.

Se levantó de un salto y cruzó la habitación para darme una palmada en el hombro, como si fuera su perrito.

—Eres un chico listo —dijo.

Permaneció de pie ante mí, con los brazos cruzados. No había dejado de sonreír.

—Sabía que lo entenderías —explicó—, porque eres un chico muy listo, Marco.

Bajé la cabeza. No soportaba ver aquella sonrisa tan morbosa.

—Sé que sabrás ocuparte de mí muy bien —prosiguió Keith—.

Sé que harás todo lo que te pida mientras vivas.

De repente, se volvió y se dirigió hacia la puerta de mi habitación.

—¿Adónde vas? —pregunté a duras penas.

—Al sótano —respondió—. El lugar en el que vivo. ¿Sabes qué voy a hacer?

—No —repliqué.

—Adivina —dijo.

—Ni idea —dije—. ¡Déjame en paz!

—Voy a bajar al sótano para confeccionar una lista con todas las cosas que puedes hacer para mí a partir de ahora —explicó Keith—. Espérame aquí, Marco. Cuando acabe la lista, volveré y la repasaremos juntos.

—De acuerdo —murmuré mientras ponía los ojos en blanco.

¿Estaba hablando en serio? ¿Acaso creía que sería su esclavo… para siempre?

Se detuvo junto a la puerta y se volvió hacia mí.

—Antes de irme, quiero enseñarte una cosa —dijo.

Dio algunos pasos hacia mí. Luego abrió la boca y le salió una sustancia de color rosa brillante. Al principio, pensé que era un chicle. Pero, acto seguido, me di cuenta de lo que era.

Estaba vomitando sus húmedas y resplandecientes tripas. De la carne de color rosada colgaban unos órganos amarillos. Su corazón púrpura asomó entre los dientes y cayó al suelo haciendo un ruido desagradable. Seguía latiendo y estaba unido al cuerpo por un grueso entramado de venas azules que parecían una cuerda.

Lo miré horrorizado mientras vomitaba las tripas.

Y comencé a gritar.

Keith abrió la boca y también empezó a gritar.

30

Abrí los ojos y parpadeé, aunque me costaba un poco. Tenía la boca completamente seca.

«Debo de haber dormido bastante tiempo», me dije.

Tumbado en la cama, levanté los brazos. Me dolían los músculos.

La cabeza también me dolía.

Haciendo un esfuerzo y gimiendo, levanté la cabeza de la almohada. Luego me apoyé sobre los codos.

—¡Ay! —murmuré. Poco a poco, comencé a ver con claridad el sótano. Estaba mareado… mareado y débil.

—¡Keith… te has despertado!

Oí la voz de mamá. Y luego la vi.

Abrí la boca para saludarla, pero sólo pude toser. Me aclaré la garganta.

—¡Al fin has despertado, Keith! —exclamó mamá—. ¡He esperado tanto que llegara este momento!

Moví la cabeza con fuerza, intentado ordenar mis pensamientos. Miré a mi alrededor con la esperanza de ver con claridad.

Sí. Allí estaba yo. Sano y salvo en el sótano, donde mamá y yo vivimos.

Pero ¿qué me había ocurrido? ¿Por qué había estado dormido durante tanto tiempo?

Vi imágenes extrañas en mi mente.

Mamá me apartó con suavidad el pelo que me caía sobre la frente.

—¿Qué has soñado? —me preguntó en voz baja.

—He so-soñado q-que a Marco le daban un golpe en la cabeza con un bate de béisbol —tartamudeé.

Mamá se mordió el labio inferior.

—¿Has soñado con Marco? —inquiró al tiempo que me clavaba una dura mirada.

Asentí.

—Sí. Le golpearon con un bate y yo…

—Pero fue a ti a quien golpearon con un bate, Keith —interrumpió mamá—, no a Marco.

—En el sueño todo era al revés —le dije—. He soñado que subía a la habitación de Marco y que le explicaba quién era yo. Le dije que vivía en el sótano.

Mamá se sentó al borde de la cama.

—¿Qué ocurrió después?

—Se enfrentó a mí —expliqué—. Fue horrible. Me empujó escalera abajo. ¡Estaba tan asustado!

Mamá entornó los ojos.

—Keith, te lo advertí, ¿no? Te advertí que nunca jugaras con los humanos…

—Sí, pero… —comencé a decir.

—Nunca juegues con los humanos, Keith —me reprendió—. Eres un monstruo. No debes olvidarlo jamás. —Suspiró—. Que tengas la apariencia de un ser humano no significa que puedas entablar amistad con ellos.

—Lo sé. Lo sé —refunfuñé.

¿Cuántas veces había oído el mismo aburrido sermón? ¡Cientos!

—Te advertí que no jugaras con Marco y los otros humanos —prosiguió mamá—, pero no me hiciste caso. Y mira… mira lo que ha pasado por no hacerme caso.

Levanté la mano y me toqué la venda que tenía en la cabeza.

—Te golpearon en la cabeza con un bate, Keith —me dijo mamá con voz temblorosa—. Te hicieron mucho daño. No me extraña que hayas tenido esas horribles pesadillas.

—Mamá, por favor… —Intenté sentarme.

Pero mamá me empujó con suavidad e hizo que me recostara de nuevo.

—No debes jugar con los humanos —siguió sermoneándome. Una vez que mamá empieza, es imposible pararla—. Tenemos que tener cuidado, Keith, mucho cuidado.

—¡Lo sé! ¡Lo sé! —grité—. Me sé el sermón de memoria, mamá. Somos monstruos y vivimos en el sótano de Marco y Gwynnie. Y si descubren que estamos aquí, se asustarán e intentarán echarnos.

Mamá frunció el ceño.

—Ya sé que te tienta mucho subir y jugar con ellos —dijo—, pero espero que lo que ha ocurrido te haya servido de escarmiento. Me tenías muy preocupada, Keith.

—Lo siento, mamá. A partir de ahora tendré cuidado —prometí.

Eso pareció satisfacerla. Me sonrió.

—De acuerdo —dijo—. Necesitas descansar. Saca las tripas y duerme un poco.

—Lo haré —repliqué.

Le di las buenas noches y vi que se iba al otro lado del sótano.

Abrí la boca y empecé a sacar las tripas. Me sentía tan bien haciéndolo. Era refrescante.

El corazón y las arterias se deslizaron hacia fuera entre los dientes. Había sacado la mitad del estómago cuando oí un ruido.

¡No!

¡Un ruido en la escalera!

Miré hacia arriba… y vi a Marco.

¿Me había visto?

31

Mientras miraba a Marco, aspiré todo lo que había echado. El corazón y las venas me entraron de nuevo en el cuerpo. Luego me tragué los pulmones.

¿Me había visto Marco?

Sí.

Había desorbitado los ojos y estaba boquiabierto.

De repente, me entró pánico. Sentí un escalofrío en la espalda.

«Ésta es la peor de las pesadillas —pensé—. Me ha descubierto. Un ser humano me ha visto.»

¿Que haría ahora?

Miré a Marco y esperé a que hablara.

Tardó un buen rato. Agarró la barandilla y se sujetó a ella con fuerza. Escudriñó el oscuro sótano y luego me clavó la mirada, como si no creyera lo que estaba viendo.

—¿Quién eres? —preguntó finalmente con voz asustada.

Tragué saliva.

¿Qué debía decirle? ¿Cuál era la respuesta más apropiada?

No tenía mucho tiempo para pensar.

—¿Quién eres? —repitió un poco más alto.

—Eh… ¡estás soñando! —grité.

No apartó la mirada.

—Vuelve atrás —le dije—. Esto es un sueño. ¿Me creería?



R. L. STINE. Nadie diría que este pacífico ciudadano que vive en Nueva York pudiera dar tanto miedo a tanta gente. Y, al mismo tiempo, que sus escalofriantes historias resulten ser tan fascinantes.

R. L. Stine ha logrado que ocho de los diez libros para jóvenes más leídos en Estados Unidos den muchas pesadillas y miles de lectores le cuenten las suyas.

Cuando no escribe relatos de terror, trabaja como jefe de redacción de un programa infantil de televisión.